

EMAS SEXUALES



**las perversiones
sexuales**

MARTIN DE LUCENAY

1'25 PTS.

LAS PERVERSIONES SEXUALES

TEMAS SEXUALES

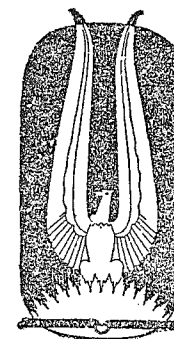
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

29

A. MARTÍN DE LUCENAY

LAS PERVERSIONES SEXUALES

La perversión en general.—La investigación clínica y antropológica.—Desarrollo de las perversiones.— Las pequeñas perversiones. Los «mirones» o mixoscopia.— Los exhibicionistas.



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO DEL TEMA

Es amplísimo este tema. Su variabilidad es tanta, que para estudiar con algún detalle, cada una de las modalidades que adopta la satisfacción aberrante del impulso sexual, hemos de precisar de varios volúmenes, y aun así y todo es fácil que siempre nos quede algo por decir. No obstante, al llegar a esta parte de nuestra obra, entramos de lleno en la psicopatología sexual, sin duda alguna el aspecto más interesante del magno problema de la sexualidad y, además, el que más ha ocupado nuestra atención en todo tiempo. Por esto, es posible afirmar que nada o bien poco interesante ha de escapar al estudio que pretendemos llevar a cabo con el orden debido, a fin de que el lector pueda darse cuenta perfecta de que no es posible juzgar con ligereza los actos de muchos individuos, que estimándolos "viciosos", no son, en realidad, otra cosa que "enfermos".

La investigación moderna ha destruido infinitas teorías antiguas que prevalecieron durante muchísimos siglos con un prestigio de rigidez y de inmutabilidad tales, que las víctimas de esas perversiones llegaron a ser consideradas como criminales merecedores de los más terribles castigos. Modernamente aún, y triste es confesarlo, subsiste este criterio rígido y erróneo en la mente de muchas personas evidentemente cultas, pero absolutamente incapaces de someterse a las enseñanzas obtenidas en virtud de las más severas investigaciones clínicas. No hace mucho tiempo, tuve noticias de que un infeliz exhibicionista, esto es, un individuo que encontraba su mayor placer sexual mostrando sus órganos genitales a unas niñas que había en un paseo público, fue brutalmente apaleado y condenado a no sé qué pena, condena verdaderamente monstruosa, no sólo con relación a su delito, sino en proporción con los orígenes de aquel acto, desde luego reprochable, pero merecedor de una apreciación más justa, o, por lo menos, más científica que la que prevaleció en el ánimo de sus juegadores.

El psicoanálisis de la escuela de Freud ha permitido aclarar esta cuestión de las neurosis, causa determinante de las perversiones, no sólo sexuales, sino también de las que se refieren a todos los órdenes

de la actividad psíquica del individuo. Según Freud, el instinto sexual es casi el único móvil de todas las acciones humanas, aunque en virtud de la educación, de la cultura, del progreso, de la civilización, etc., estas tendencias están contenidas y ocultas en el subconsciente del ser, no manifestándose hasta que una neurosis cualquiera destruye, por decirlo así, uno de los infinitos hilos que atan al sentido moral a la expresión del individuo.

Cuando se trata de justificar cualquier perversión con los razonamientos del psicoanálisis, o, sencillamente, en virtud de cualquier síntoma neuropático, la moral tradicional se resiste o se niega a admitir la disculpa, y el calificativo más benigno que se echa sobre el enfermo es el de "vicioso". Pero la verdad escueta es que el término "vicioso" no tiene ninguna significación en el lenguaje científico, al menos cuando se trata de estas perversiones del impulso sexual que tanto horrorizan a los moralistas sinceros.

No hay viciosos, o hay muy pocos; el verdadero vicioso no se deja ver, no revela sus inclinaciones. Existen, sí, casos patológicos en los cuales nunca es muy difícil comprobar las causas de su estado, que lo mismo pueden estar en la herencia, que en las propias reacciones del subconsciente, que en una época cualquiera de la vida infantil —e incluso de la existencia intrauterina—, sufrieron un traumatismo psíquico lo suficientemente intenso para dejar grabados sus efectos sobre su mentalidad, como tendremos ocasión de comprobar en el desarrollo de los casos que citaremos en estos volúmenes que siguen.

La sexualidad existe en la infancia; este es el punto original, el fundamento más fuerte, de la Sexualtheorie de los freudianos. Está demostrado hasta la saciedad que el instinto sexual existe en niños de seis meses lo mismo que en hombres de veinticinco años, y con la misma potencia y variación; lo que ocurre, naturalmente, es que ese impulso no se manifiesta normalmente, o, por mejor decir, raramente tiene manifestaciones de cualquier índole por las que se pueda deducir sin lugar a dudas que se trata de un caso de precocidad sexual, los cuales, por otra parte, no son nada raros.

Sabemos, sí, que el instinto sexual en el género humano se acusa al llegar a la época de la pubertad, y muchísimas veces antes de esa hora; pero esto no ocurre en virtud de un móvil espontáneo, como cree muchísima gente y hasta algunos tratadistas contemporáneos, los cuales no se han tomado la molestia de observar los infinitos detalles de la evolución erótica que se advierten en el niño desde el nacimiento hasta su entrada en la edad púber. Así pues, estas perversiones, estas verdaderas psiconurosis que vulgarmente se conocen con el impropio nombre de vicios, pueden investigarse en el mecanismo del desarrollo instintivo y genital del individuo, por cuyo medio sería posible encontrarnos con esos traumatismos psíquicos, esas diversas lesiones que a veces influyen tanto sobre la vida de un hombre, que acaban por ser la única razón de su existencia.

Muchas personas—seguramente hipócritas—estiman que para los que hablamos de esta manera nos es muy fácil ser indulgentes con esos pecadores, creyendo que nuestro perdón no es más que un producto lógico de la época "de inmoralidad en que se vive", en la que se ha llegado a negar toda importancia a la moral del sexo, a la virginidad, al matrimonio y a todas esas teorías que parecieron inamovibles hace cincuenta años. Opinan estos hombres—quizá con mejor intención que mala fe—, que el hecho de disculpar a esos supuestos viciosos, contribuye a desarrollar su número de una manera alarmante. ¡Y qué equivocados están!

Cuando un hombre tiene la mentalidad en su sitio, cuando es dueño de sí, cuando sabe lo que es la voluntad, cuando, en resumen, es un hombre, "nada menos que todo un hombre", como dijo Unamuno, ni será vicioso—perverso—ni llegará a ser un enfermo—pervertido—digno de la atención de la moral o de los médicos. El pervertido nace, y el perverso se hace; ya explicaremos estos dos términos más adelante, que tanto se confunden, no sólo entre sí, sino con otros que siempre es preciso diferenciar justamente para no incurrir en graves errores, como ocurre entre los "nerviosos" y los "neurópatas", cosas muy parecidas, aunque bien distintas.

Así pues, en el presente volumen vamos a referirnos a las perversiones sexuales en general, y a algunas de las más simples en particular, con objeto de que, una vez bien conocidas las razones o las raíces de estos verdaderos trastornos, entrar de lleno en el campo amplísimo de la sexualidad más extraña y terrible, en la que el amor, ese móvil insigne de la actividad humana, existe, a pesar de todo, deformado, desconocido, como una caricatura terriblemente trágica o tristemente grotesca.

LA PERVERSION EN GENERAL

Definición psicoanalítica.—Las impresiones sobre la imaginación infantil.—Acción de los traumatismos.—Origen fundamental de las perversiones.—Lo que más se fija en la mente infantil.—Perversión y perversidad.—Los pervertidos y los perversos.—Perversiones de fin y perversiones de objeto.—Definición apropiada de unas y otras.—La mentalidad de los pervertidos.—Pequeñas y grandes aberraciones.—Explicación del significado.

La perversión sexual puede definirse de la manera más simple, diciendo, que es una tendencia erótica que impulsa al individuo a satisfacer sus deseos prescindiendo del objeto normal o de los procedimientos naturales.

Los psicoanalistas sostienen que esa tendencia es de *neoformación*, esto es, que viene desde el nacimiento o antes aún. Sinceramente, esta teoría no deja de ser un tanto atrevida; pero mientras no haya otra en contrario demostrativa de la negación, no hay más remedio que admitirla... y respetarla.

Al hablar de las impresiones que el feto puede recibir de la madre hemos visto que en algunos casos esta comunicación es cierta, aunque no existan conductos nerviosos, ya que el hijo se halla aislado en la placenta; pero sabemos, y de esto no hay duda, que un susto o un disgusto sufrido por la madre durante la gestación puede repercutir en la constitución mental del hijo. Esto es lo que hasta ahora no ha podido precisarse con exactitud, y por eso la ciencia se muestra tan reservada.

Pero vamos a prescindir de la vida intrauterina en el sentido hipotético de los psicoanalistas, y situándonos en un terreno más real, esto es, en el de la post-natalidad, se comprobará fácilmente que ciertos acontecimientos pueden dar ocasión a verdaderos traumatismos psíquicos, esto es, "golpes", que el niño recibe en los receptores sensibles del cerebro, en la imaginación, donde las huellas quedan marcadas de una forma indeleble. Estas huellas, estas lesiones, lo mismo pueden desaparecer que permanecer en el mismo estado o

aumentarse con el transcurso del tiempo. Estimamos que el lector comprenderá perfectamente el mecanismo de estos traumatismos que afectan al cerebro, que son, para decirlo más claro, a modo de una herida hecha en la piel, que se curará si los gérmenes infecciosos no encuentran un campo abonado en que desarrollarse, que permanecerá latente si no se hace nada por curarla, o, por otra parte, que se irá extendiendo por los tejidos hasta ocasionar la infección completa de aquella parte del cuerpo.

Esta explicación no es exacta, pero podemos admitirla por su semejanza con la evolución de las lesiones psíquicas, las cuales se hacen tanto más profundas e incurables cuanto más débil es el organismo, esto es, cuanto menos resistencia opone al progreso de la infección.

En todas las perversiones sexuales, casi siempre se encuentra el verdadero origen en una impresión que el niño recibió en los días más tiernos de su vida. Esta impresión llegó a marcarse de tal forma, que se pudo convertir en obsesión, en verdadera manía, en centro y eje de toda la actividad sexual del individuo. No cabe duda que todas las manifestaciones sexuales de la infancia quedan relegadas al inconsciente, desplazadas o condensadas fuertemente en unión de ciertas imágenes. De otra forma, todas las emociones sexuales o de otra naturaleza que el niño experimente, dejan en su sér inconsciente un residuo que se manifestará en el momento preciso de surgir el deseo sexual; estas son las neurosis y las psicopatías, fruto de las emociones infantiles más o menos intensas, por lo que nadie está autorizado a denominar "viciosos" a unos enfermos que vienen arrastrando su dolencia en medio de la incomprensión de la moral, poco menos que desde la cuna.

Nunca se ha negado seriamente la influencia de esos traumatismos en la generación de las perversiones; los autores más célebres han citado ejemplos suficientes para convencer a los escépticos, y los psicoanalistas modernos han multiplicado extraordinariamente esas demostraciones, hasta el punto, como veremos en el decurso de estos volúmenes, de que nunca falta un punto de partida que se presente bastante claro a la comprobación.

Hay infinitos casos de homosexualidad determinados por las caricias que un individuo del mismo sexo practicó en una criatura. Esta criatura, fuertemente impresionada por aquella emoción, ya no concibió el placer sexual de otra forma que aquella en que fué iniciada. En los fetichistas, a cuya perversión dedicaremos un volumen entero, el recuerdo de una prenda íntima de vestir de la madre, de una hermana, de una doncella, de cualquier mujer a quien el niño haya

amado, será bastante para provocar en él una fuerte emoción sexual. A veces es un perfume, un objeto de tocador, un libro, cualquier cosa cuya visión fué asociada con una idea erótica más o menos consciente.

Henard sostiene que la observación atenta de los hechos revela que, de una parte, las impresiones infantiles sexuales fuertes, de primera invasión, existen en todos los individuos y en diversas direcciones características en las perversiones del adulto, y que, de otra parte, cuando estas impresiones traumáticas sobrevienen en un fuerte grado en el niño, revelan la primera manifestación, la revelación de una constitución sexual perversa; es preciso, pues, no confundir el efecto con la causa.

Estamos de acuerdo con los psicoanalistas en lo que concierne a sus afirmaciones acerca del importantísimo papel que desempeñan las influencias sexuales en el niño sobre la orientación de su función erótica. Ahora bien, estas influencias de las acciones permanentes o durables ejercidas sobre su sexualidad plástica por las personas que le rodean se fijan más en la atención infantil que los hechos impresionantes definidos; esto es, que el niño se fija más en lo que "no ve" que en aquello que puede observar sin gran esfuerzo. La imaginación del niño se pierde en conjeturas y suposiciones acerca de aquellos hechos que a toda costa quieren velársele con un candal impenetrable de misterio. Nada hay entonces capaz de excitar más su imaginación y de echar a volar su fantasía con mayor rapidez que eso que adivina y que no se explica, y que, además, todo el mundo se niega a explicarle por miedo a mancillar su pureza. ¿A mancillar su pureza? ¿Pero qué pureza? ¿O es que la mejor belleza del alma está garantizada por la ignorancia?...

El instinto sexual viene desde la cuna. Es inútil que se pretenda, ni con amenazas ni por medio de equívocos, desviar las corrientes naturales de esa energía natural que tiende a la satisfacción de un deseo indefinido. Yo he oído decir a un joven de quince años que no le llamaban la atención las mujeres desnudas, porque se suponía que todas serían lo mismo que su hermana, que su madre y que otras mujeres que había visto completamente desnudas en su edad infantil. Cuando experimentaba deseos sexuales no se imaginaba a la mujer desnuda, sino semivestida, con camisas de seda, cintas, adornos, perfumes y todo cuanto contribuye a exaltar la ansiedad de los sentidos. Otro niño de doce años a quien sus padres llevaron a ver una revista "siglo xx", cuando le preguntaron que si le había gustado el espectáculo manifestó muy convencido: "¡Bah! Todas las artistas salían

desnudas por completo, a no ser una hoja que llevaban entre los muslos."

No cabe duda que estas criaturitas jamás llegarían, de ser pintores, a pintar un desnudo femenino; las primeras impresiones no podrían ser más deplorables para determinar su afición, aunque ello no quiere decir que se revelasen como grandes eróticos componiendo esos cuadros de *deshabillés* que ilustran las revistas galantes.

Así, pues, en primer lugar, no puede prescindirse de la atmósfera afectiva infantil ni tampoco de la convicción de que el niño tiene un instinto sexual que tiende a desarrollarse normalmente si el ambiente le es propicio y a pervertirse si les es hostil. Por eso dice un psicólogo que el perverso es, ante todo, un individuo afligido de un fuerte deseo erótico adulto, encerrado en la prisión de una sexualidad psíquica de niño.

Los profundos estudios realizados por el profesor Hesnard acerca de las perversiones han venido a aclarar muchísimas incógnitas y hechos que antes eran escasamente conocidos y peor interpretados. Dice el citado tratadista que, en primer lugar, es preciso distinguir la *perversión* de la *perversidad*. "La perversión es una desviación de la tendencia, de la impulsión sexual normal, y la perversidad es una cualidad más o menos anormal del carácter que induce al individuo a practicar el mal por el mal y a cometer o a desear ciertos actos precisamente por ser prohibidos."

Dicho más claro, el pervertido comete los actos que la moral, la biología o las costumbres estiman anormales, por la razón de que su neurosis es más fuerte que la voluntad, de la que emanan los principios morales. Hasta cierto punto, los actos del pervertido son inconscientes, instintivos, irreprimibles también, y, teniendo en cuenta todas las circunstancias o antecedentes que determinan su conducta, hasta pudiéramos decir que esos actos eran *normales*, puesto que obedecían a los impulsos *lógicos* de su mentalidad. Naturalmente, la mentalidad, el cerebro, encierran el origen de las perversiones. Muchos pervertidos sexuales se dan cuenta perfecta de la anormalidad de sus actos... después de haberlos cometido; están, como si dijéramos, en posesión de dos naturalezas distintas, de dos moralidades opuestas, pero la peor, por decirlo así, es más fuerte que la buena moral, la cual sucumbe irremisiblemente a los imperativos de la moral mala.

El pervertido es un ser afectado de "locura lucida", como dijo Trélat; pero esto no quiere decir que sean alienados; son, si se quiere, locos sexuales, seres que no razonan cuando se trata de resolver un problema planteado por el sexo. No obstante, de todos es sabido que existen pervertidos sexuales, pero víctimas de las perversiones más

monstruosas, que en su vida de relación, en su profesión, en sus ocupaciones, etc., dan pruebas de una inteligencia, de una capacidad y de una iniciativa verdaderamente admirables. Cuando hablemos de la homosexualidad se verá que estos individuos han podido hacer compatible su perversión con las más grandiosas manifestaciones de la más viril inteligencia humana.

Ahora bien, esta supuesta locura del pervertido, que parece que había de extenderse en absoluto a toda el área de la sexualidad, ofrece caracteres completamente normales, lícitos, y hasta bellos, si se nos puede admitir la frase, cuando la satisfacción de sus deseos eróticos se verifica por medio de la intimidad con un individuo del sexo opuesto, pero prescindiendo de los procedimientos naturales, e incluso también en la homosexualidad. Muchos pervertidos "pequeños" no son más que grandes eróticos que no necesitan del espasmo para satisfacer su sexualidad: les basta sólo con ver gozar al objeto amado, sea como fuere, y sea la que sea la perversión a practicar; en el amor normal de los heterosexuales siempre anda por medio esta anomalía *normalísima* del impulso sexual. Así es como pueden explicarse perversiones tales como el *cunnilingus* y la *fellatio* (1), el sadismo y el masoquismo y otras desviaciones del impulso sexual, cometidas "por sumisión" al objeto amado, que en realidad es el pervertido, pero que luego pueden "contagiar" al individuo perfectamente orientado y que siempre tuvo un concepto rectilíneo de la sexualidad, como demostraremos más adelante.

Casi todos los autores, especialmente los criminalistas y los que tratan de la Medicina legal, han definido la perversión sexual como una *impulsión*, sin ampliar más el sentido estrecho que la psiquiatría concede a este término. Ahora bien, si es cierto que determinadas perversiones del instinto sexual se manifiestan de una forma impulsiva en ciertos individuos caracterizados en su mentalidad por la impulsividad en general, dice Hesnard, que la mayor cantidad de los perversos sexuales son plenamente conscientes de sus desviaciones y poseen la suficiente voluntad de control sobre sus propios actos para impedirlos, ya que pueden discernir plenamente lo bueno de lo malo, y, sobre todo, no ignoran que estas expresiones son susceptibles de sanción penal. Esta es la diferencia que existe entre el pervertido y el perverso, detalle que no debemos dejar de tener siempre presente.

"Seguramente esta consciencia de su desviación, es en los perversos incompleta o relativa; el perverso demuestra su perversión de la

(1) Véase el volumen VII, *La intensidad del placer*, capítulo titulado "Los recursos extremos".

misma manera que el individuo normal prueba su sexualidad normal, es decir, que pretende demostrar que es lo normal, y en ciertas condiciones psicológicas, incluso tiende a propagarla. No obstante, la perversión aparece mucho más como un gusto, una inclinación fácil de disimular, susceptible de contenerse, de premeditación e incluso de condenación eficaz por sí mismo y de derivación y compensación, que como una tendencia irresistible y en plena discordancia con la personalidad del individuo." (Hesnard.)

No estamos conformes con la definición anterior, aunque puede admitirse en infinitos casos, porque de atenernos a tal doctrina se evidenciaría de una manera innegable que entre la desviación consciente e inconsciente, esto es, la perversidad y la perversión, no existían diferencias notables que permitiesen delimitar perfectamente los terrenos en que cada una de estas modalidades se desarrolla y desenvuelve.

No cabe duda alguna que en Medicina legal han de presentarse casos muy abundantes en los que no siempre resulte fácil establecer la separación adecuada al primer golpe de vista, por muy buen ojo clínico que posea el observador. El reo de un delito sexual no puede ser juzgado nunca con absoluta serenidad ni buen acierto, a no ser que él ayude a los médicos legistas y a los jueces en la aplicación de la pena y del diagnóstico, lo que resulta completamente absurdo, puesto que por razón natural siempre tenderá a descargarse de lo que "sepa" que le corresponde por el acto que motivó la intervención de la Justicia. Pero, esto no obstante, por mucha habilidad que tenga el reo, siempre es fácil concluir con arreglo a la lógica científica, que algunas veces está en franca pugna con la lógica judicial.

Hay que partir de la base de que el perverso "sabe perfectamente" que su conducta no es natural; por esto pudiéramos llamarle *vicioso*. Comprendiendo el alcance de su desviación, obra mal voluntariamente, y muchas veces, por no decir todas, se arrepiente de lo que ha hecho, porque una reacción de la conciencia le hace ver que su conducta no es la que corresponde a los seres perfectamente normales. Para justificar su vicio no encuentra mejor solución que aconsejarlo a los demás como "variación"; esto ocurre con frecuencia entre los libertinos de los dos sexos hastiados, hasta cierto punto, de los placeres normales, con la particularidad de que sus propagandas no encuentran más campo de expansión que el que pueden ofrecer otros individuos de mentalidad equivalente. Desde luego, siempre se trata de pequeños sádicos que necesitan de excitaciones muy vigorosas para sustituir la falta de inclinación natural que brota de los sentimientos afectivos, y en la demanda de estas sensaciones, promovidas siem-

pre por una tendencia egoísta, procuran satisfacerse por cualquier medio sin conceder la menor atención al objeto sin cuya cooperación sería imposible la materialización de sus impulsos sexuales. El perverso es un egoísta y el pervertido un altruista; el primero actúa para sí; el segundo no se ocupa tanto de él como del objeto de su perversión.

No puede decirse que exista un tipo determinado de perversos ateniéndonos a su comportamiento erótico, porque las manifestaciones prácticas suelen ser de una complejidad verdaderamente asombrosa. En algunos la satisfacción del impulso adopta las formas más raras, complaciéndose en imaginar toda clase de recursos y reemplazando la conducta erótica normal por un "juego" erótico más cerebral que físico, en lo que ponen toda su inteligencia que no reconoce límites de acción con tal de alcanzar el fin perseguido. Dice un autor que desde el punto de vista genital, ciertos perversos son, sobre todo, hipo-eróticos; mas la mayor parte son hiper-eróticos con una fuerte predisposición al autoerotismo.

De las perversiones sexuales se han hecho dos clasificaciones esquemáticas: las perversiones de *fin* y las perversiones de *objeto*, las cuales suelen ir íntimamente unidas en la práctica.

Ambos conceptos son amplísimos, ya que abarcan por entero a todas las desviaciones del impulso natural; pero, sinceramente, sólo resultaría fácil clasificarlas debidamente, cuando nos limitásemos a enumerar los grandes tipos clínicos de desviaciones eróticas.

El estudio de ambas modalidades es interesantísimo desde el punto de vista de la psicología sexual, aunque no es menos cierto que su área, tan amplia como rica en particularidades, presenta a veces lagunas, desiertos, dilatadas extensiones llenas de incógnitas, en las que no es difícil encontrarse con hechos demostrativos de que lo que hemos estado considerando como absolutamente anormal, resulta ser de una normalidad clara, diáfana, indiscutible. Puede decirse, como hemos de ver, que entre lo normal y lo anormal, en sexualidad, muchos casos no ofrecen diferencias o son tan difíciles de apreciar que no es fácil al más sagaz determinar exactamente la razón de las cosas.

Las perversiones de fin podemos definir las diciendo que son todas aquellas modalidades de la psicosexualidad caracterizadas por el anhelo de encontrar un fin anormal de satisfacción erótica en un acto psíquico de sustitución del acto sexual normal, esto es, de un acto que lo simbolice. Este pervertido no pretende jamás practicar el comercio lícito que tiende a la procreación; le repugna, sinceramente, el acto normal. En cambio, su mentalidad está influenciada de una manera

irresistible por la percepción visual activa o pasiva, esto es, anheloso "de ver" actos sexuales normales, los órganos genitales de otra persona, escenas eróticas de cualquier naturaleza, etc., cuyo caso es el del *voyeur*, como dicen los franceses; el "mirón", que decimos nosotros; en términos técnicos se denomina *mixoscopia* a esta perversión visual activa.

Otra perversión visual es el *exhibicionismo*, modalidad pasiva, por la cual el individuo experimenta placer mostrando sus órganos genitales. El *sadismo*, consistente en la práctica de aproximaciones violentas sin contactos directamente eróticos, esto es, por la crueldad física o moral activa, y el *masoquismo*, que es la modalidad pasiva, completan el primer gran cuadro de las perversiones de fin, que hemos de estudiar por separado.

Pudieran incluirse también otras modalidades mucho más simples, como las caricias derivadas del autoerotismo, imitaciones del acto sexual normal, etc., pero como quiera que no tienden a significar una desviación absoluta de la vida erótica, sólo pueden ser consideradas como síntomas secundarios de escasa importancia en el terreno de la sexología, aunque en el de la psiquiatría pueden tener más valor.

Las perversiones de objeto se caracterizan por la atracción erótica que sobre el individuo ejercen los seres y los objetos que normalmente no son excitantes del impulso sexual, como, por ejemplo, los individuos del mismo sexo, los animales, las estatuas, cuadros, prendas de vestir o cualquier cosa que pueda tener alguna semejanza con determinadas partes del cuerpo humano. Las verdaderas perversiones de objeto, van acompañadas de un estado de impotencia o de repugnancia por lo menos, hacia las personas del sexo opuesto.

La perversión de objeto más interesante desde el punto de vista de la psicosexología es la *homosexualidad*, tal vez la perversión más antigua, la más difundida, y también, ¿por qué no decirlo?, la peor interpretada por la moral, por las costumbres y hasta por una buena parte de la ciencia.

Sigue en importancia psicológica el *fetichismo*, que empieza en lo perfectamente normal y acaba en la interpretación más monstruosa de la sexualidad. El fetichista puede sentirse atraído únicamente por un carácter sexual o una parte del cuerpo del sexo contrario o del mismo sexo, o también hacia un objeto cualquiera, los más raros a veces, que en virtud de una extraña asociación de ideas puede simbolizar el ideal perfecto del pervertido: un zapato, un pañuelo, una flor, un insecto, cualquier cosa que pueda tener para el fetichista un prestigio de atracción erótica francamente irresistible. Hasta ciertos ruidos, una obra musical, e incluso la trepidación de un motor de auto-

móvil, que es lo más absurdo que hemos visto en un caso de esta naturaleza, son elementos bastantes para provocar el orgasmo de un pervertido de objeto.

El *bestialismo*, esto es, la sexualidad practicada con animales es también una anomalía muy frecuente que lo mismo se registra en los distritos rurales que en las grandes poblaciones. Esta anomalía es más bien mental que erótica, pero no es cierto, como tratan de demostrar algunos autores, que se produzca en individuos de mentalidad inferior; hay sujetos interesantísimos por su inteligencia, que no pueden experimentar sensaciones eróticas completas como no sea practicando el coito con animales o haciéndose acariciar por éstos.

El *pigmalionismo* o amor a las imágenes reproducidas en esculturas y cuadros, es otra variedad de la infinita gama de las perversiones sexuales. Vienen después la *urolognia* y la *coprolagnia*, modalidades del fetichismo, y que consisten, respectivamente, en la excitación que produce beber orines o comer materias fecales; esto es, el *simbolismo escatológico*.

El *vampirismo*; es decir, la excitación sexual producida por la visión de la sangre, y la *necrofilia*, o sea la sexualidad practicada con los cadáveres, son algo verdaderamente espantoso y alucinante que no puede concebirse por las personas normales, aunque estos monstruos pueden actuar en la vida social con toda normalidad. Los casos más célebres de vampirismo conocidos son el de Jack el Destripador y el vampiro de Dusseldorf. Los necrófilos también han asombrado a infinitas gentes con sus actos inenarrables, siendo numerosos los casos registrados. No hace mucho tiempo, la Prensa diaria dió cuenta de que varios jóvenes de un pueblo habían desenterrado el cadáver de una joven que murió días antes, ejecutando con aquel despojo macabro toda clase de horrores sexuales.

Lo mismo el vampirismo que la necrofilia son variaciones del sadomasoquismo. A veces no es preciso el contacto sexual con el cadáver para que la emoción sexual se produzca; basta con tener delante cualquier atributo de la muerte, como, por ejemplo, un féretro, un blandón, un paño negro, una corona funeral, etc. Hay individuos que buscan mujeres a las que hacen fingirse muertas, de cuya forma las poseen sin que puedan hacerlo de otra manera. Los casos de necrofilia que conocemos suman varios centenares.

Esta variedad es amplísima en sus manifestaciones, todas a cual más raras, y reveladoras de una gran imaginación. Ya referiremos el caso de un individuo que viajaba constantemente con un cráneo "que él suponía haber pertenecido a una mujer joven y bella". Cuando fué descubierta su perversión se comprobó que aquella calavera fué

de un hombre que murió a los sesenta y dos años a consecuencia de la sífilis; la historia de este desdichado neurópata, muy interesante, la referiremos en el volumen titulado *Fetichismo erótico* de esta colección a la par que otros casos que demuestran hasta dónde puede llegar la perversión del impulso sexual en los individuos predispuestos a tales anomalías.

LA INVESTIGACION CLINICA Y ANTROPOLOGICA

La reciente catalogación de las perversiones.—
Degenerados y emotivos.—Las psicopatías.—Las
neurosis.—El dilema trágico.—Herencia, voluntad
y neurosis.—Los perversos son enfermos.—Las
causas clínicas de las perversiones.—Importancia
de la epilepsia.—Antigüedad de las perversiones.—
La decadencia de la raza.—Papel de la cultura.—
Normalidad de las perversiones.—Diferencias en-
tre la erótica y la procreación.—Universalidad.

Las teorías de Garnier sobre las perversiones sexuales hace años dieron lugar a discusiones y réplicas de todo género por parte de los hombres de ciencia más aferrados a las viejas teorías y de los moralistas de la tradición. Antiguamente—hasta no hace un siglo—el índice de estos trastornos del instinto de la reproducción era bastante reducido, y es lo cierto que se resumía en tres o cuatro modalidades mal diferenciadas. Ahora bien, después de que los médicos alienistas contemporáneos, endocrinólogos, psicoanalistas y sexólogos se han ocupado con verdadero interés de las manifestaciones anómalas de la vida genital, considerándolas como casos de locura desde el punto de vista psicológico; el número de esas perversiones ha aumentado considerablemente.

Esto no quiere decir, como se comprenderá, que se hayan producido modernamente, sino que ha ocurrido que su definición se hace más clara, más concreta, más justa en la apreciación de cada caso. El alienista Morel denominó *degenerados* a todos los individuos que venían al mundo con anomalías físicas, y *emotivos* a aquellos seres que manifestaban anomalías funcionales o psíquicas en virtud de trastornos cerebrales. En la actualidad, como hemos visto al hablar de las anomalías físicas, se diferencian muy bien los dos términos de Morel, que ya no pueden admitirse si no es agregando a esos conceptos una serie bastante detallada de definiciones más a tono con el origen y la evolución de dichos trastornos que tienen que ser ais-

lados entre sí, puesto que unos son psíquicos y otros físicos simplemente.

Con relación a las anomalías funcionales de que estamos tratando, no cabe duda que no se encuentran sólo entre los emotivos de la antigua división, sino también en todos los hereditarios de enfermedades o de afecciones nerviosas. Todas las grandes neurosis, dice Garnier, como la epilepsia y la histeria en particular, la manía, la melancolía, la alienación mental, la locura, en una palabra, bajo sus diferentes formas agudas o crónicas, serán las causas de esas perturbaciones más o menos graves de la función psicosexual.

Según los alienistas, estas anomalías dan lugar a un número equivalente de psicopatías sexuales que se traducen en esos trastornos incomprensibles para los profanos, que apenas si les dan otra interpretación que el de un producto de la "cobardía", de la pusilanimidad del individuo. Estas son las aprensiones, los temores injustificados que muchos sujetos tienen de adquirir una enfermedad venérea, de ser impotentes, de la convicción de que van a cometer un pecado, de su miedo a la mujer, etc., todo lo cual da por resultado las inclinaciones a la masturbación y a toda esa serie de perversiones que analizaremos más adelante y cuyo resumen queda expuesto más arriba.

El Dr. Magnan, que analizó al detalle estos estigmas psíquicos o trastornos cerebrales, los clasificó en número de catorce, formando grupos y variedades distintas con arreglo a lo que daban de sí las investigaciones clínicas de aquella época. Sin ser enfermedades mentales ni neurosis definidas, estas anomalías son, si no signos constantes, al menos síndromes especiales, *episódicos*, de estas taras nerviosas en los descendientes de alienados y de degenerados, de emotivos, de neurópatas, etc., que a la vez heredaban los mismos caracteres psíquicos de los padres.

No son producto, como muchos creen, de las anomalías graves que determinan el desequilibrio mental manifiesto, de la debilidad mental, de la constitución anormal o perversa, o de la idiotez, la imbecilidad, según las teorías de degeneración mental emitidas por Magnan. Estas taras, como más justamente han demostrado Adler, Freud, Alexander, Hesnard, Marañón y otros, pertenecen a la inmensa serie clínica de las neurosis: constitución neuropática, "carácter nervioso", psicastenia o histeria, terreno favorable, según Janet, para la eclosión de la angoneurosis, la fobia, la obsesión, terreno físico de desequilibrio neuro-vegetativo, según Achille-Delmas.

Un gran número de investigadores han atribuido estas anomalías del impulso sexual a los enfermos y anormales gravemente tarados, presentando los estigmas de la inestabilidad, la amoralidad, de la im-

pulsividad sobre todo, dolencias agravadas por determinadas taras orgánicas, como el alcoholismo, etc. Estas teorías subsisten aún; pero, como dice Hesnard, no es justo afirmar que todos los pervertidos han de ser psicópatas de tal envergadura. "La mayoría de los casos de perversión corriente—fetichismo, exhibicionismo, homosexualidad sobre todo—tienen su origen en los emotivos que han sufrido accidentes neuropáticos o en los neurópatas de carácter. Prácticamente, un cierto número de ellos se presentan con toda normalidad fuera de su tara psicosexual; parece que, en el neurópata, las condiciones mentales que permiten la eclosión, le protegen a veces, en cierta medida, contra la manifestación de otros accidentes neuropáticos más graves, y esto en virtud de la práctica y la madurez de su perversión."

De lo que no cabe duda es de que la neurosis existe siempre, latente o flagrante, en coexistencia con la perversión. Las investigaciones realizadas en los casos de perversión han puesto en evidencia un gran número de trazos biológicos y psicológicos comunes entre ellos y los enfermos de neurosis. Así, pues, la neurosis y la perversión parecen ser en muchos casos, sino en todos, "los dos términos de un trágico dilema impuesto por la naturaleza a ciertos individuos afligidos de una misma insuficiencia radical de la vida instintiva".

Una explicación bastante amplia de la razón de estos fenómenos la han dado muchos tratadistas, pero la más completa es aquella que se funda en el psicoanálisis, que por su misma extensión, y, además, su rica ilustración científica, no puede insertarse en una obra de esta naturaleza, en la que se trata de facilitar la comprensión de los términos técnicos. No obstante, ateniéndonos a las definiciones de Hesnard, procuraremos vulgarizar las expresiones de forma que su interpretación no ofrezca grandes dificultades.

Dice dicho autor que, por ejemplo, en un individuo dado, sensibilizado por la herencia a que en él se produzcan ciertos conflictos psíquicos que tuvieron su origen en la infancia, la tendencia perversa interior se desarrolla siempre de una forma latente con más o menos libertad, lo cual puede modificar muy profundamente el aspecto de la mentalidad y del carácter. Si esa tendencia se desarrolla suficientemente y es aceptada por la conciencia moral no cabe duda que el final de este proceso será la perversión realizable. Si por el contrario, esa moral es firme, si combate a la tendencia que es rehusada enérgicamente por la conciencia, el individuo caerá infaliblemente en la neurosis.

Por esta razón es por lo que Freud dice que en un aforismo esquemático que "la neurosis es la negación de la perversión", esto es, el resultado que la moral y la voluntad producen cuando se oponen al

desarrollo de las perversiones, cuando su verdadero origen, sus raíces esenciales, las encontramos en los antecedentes familiares del individuo.

La neurosis y la perversión suelen encontrarse juntas en la misma familia, de forma que los descendientes pueden heredar uno u otro carácter o ambos a la vez. Así es como se encuentran hermanos que los unos son perversos y los otros neurópatas, o bien que en un mismo individuo se unan la neurosis y la perversión para determinar todos los trastornos imaginables que dan lugar, invariablemente, a una misma perturbación en su vida afectiva.

No obstante entre el hermano neurópata y el pervertido, cuando es posible separar ambas anomalías en los dos sujetos, existen grandes diferencias fáciles de advertir. El neurópata es menos libre, más reservado y más triste que su hermano pervertido. Este desgraciado, en cambio, no ve los prejuicios que al neurópata preocupan e impiden el desarrollo de su afectividad porque es pusilánime, cobarde, falto de audacia. El pervertido, esto no obstante, experimenta muchos fracasos y está sometido a no pocos conflictos morales, ya que su vida imaginativa no puede encajar nunca completamente en las realidades de la existencia práctica, que le imposibilitan por completo la realización de sus aspiraciones emotivas secretas y le niegan el orden implacable con los seres o las cosas según lo establecido por la Naturaleza.

Las teorías de la herencia en este aspecto, no hay duda que son bastante claras: más que en cualquier otro orden de anomalías, ya sean físicas o funcionales. Mauricio de Fleury, hablando de las psicosis de perversión en términos generales dice: "Que los perversos sean enfermos, he aquí lo que no admiten fácilmente las gentes de bien que no están en contacto directo con esta clase de realidad. Pero nosotros, que, como alienistas y médicos expertos, tenemos que tratar constantemente con malhechores de orden delictivo o criminal, estamos obligados a consignar que las tendencias perversas, malignidad, crueldad, insociabilidad, son de naturaleza patológica, que no provienen de una elección friamente deliberada, viniendo a parar en la libre preferencia del mal al bien, sino que los miserables que toman ese camino, están impresionados constitucionalmente por un estado psicopático especial, que han nacido de padres perversos, alienados, sifilíticos, alcohólicos, sobre todo y que bien jóvenes, antes de la edad de razón, manifiestan, por medio de actos deplorables, la ausencia, en su alma, de etismo, la falta de bondad. Incapaces de ternuras y de amistad, indiferentes a las caricias, a los elogios, a las recompensas, a los castigos, hasta a los más duros, he visto a varios que desde sus primeros pasos se complacían en torturar a los animales, en dañar

a las plantas, en destruir los objetos, en golpear a las gentes que les rodeaban; experimentaban una satisfacción manifiesta en hacer sufrir, en ver correr la sangre, en observar la destrucción de los seres y de las cosas."

Así, pues, si la perversidad—que ya hemos diferenciado de la perversión—es hereditaria, ¿cómo no han de serlo la perversión y la neurosis, que son menos graves, menos espectaculares y más exentas de elementos de crueldad que aquella? Los mismos puntos de vista, en lo que a la sexualidad se refiere, han sido mantenidos por Krafft-Ebing, que es el verdadero creador de la Patología sexual moderna y alrededor de cuyas teorías y demostraciones estamos dando vueltas y vueltas todos los que tratamos de estas cuestiones. Evidentemente, la investigación puramente médica moderna ha corroborado en todos sus extremos las teorías de dicho autor, que hace medio siglo, cuando fueron emitidas, fueron algo así como la piedra de toque de la ignorancia que había prevalecido en otros tiempos. Y, por consecuencia, la conclusión indiscutible es ésta: la vida sexual anormal de un individuo es la consecuencia de su estado patológico.

En muchos casos, en infinitos casos, el mismo individuo se reprochará haber cometido actos que salen por completo del área de lo normal. No pocos médicos saben de los tremendos conflictos que se presentan en innumerables individuos que acuden a solicitar el consejo del clínico siempre con la misma frase y con el mismo gesto de arrepentimiento: "Doctor, he hecho esto, sin poder evitarlo; y mi remordimiento es tanto que me encuentro al borde del suicidio." En estos o parecidos términos se expresan muchos enfermos, lo que evidencia, sin más investigaciones, que la impulsión es tan fuerte como el arrepentimiento.

Estas interpretaciones de los hombres de ciencia, lo mismo en lo que se refiere a la perversión que a perversidad, han promovido la reacción de ciertos elementos de la sociedad poco dados a esta clase de investigaciones clínicas y desconocedores en absoluto de la etiología más elemental de dichas taras mentales.

Hay enfermedades reales de comprobación sencillísima, a las cuales, sin ir más lejos, es fácil achacar justamente la causa primaria del origen y el mantenimiento de estas anomalías de la función psicosexual, enfermedades que, en su mayor parte, afectan al cerebro más que al resto del organismo físico. Krafft-Ebing, a quien, como decimos, se debe la más amplia investigación en esta materia y que logró reunir la más copiosa cifra de observaciones para una etiología patológica de las perversiones sexuales, cita las siguientes causas de las perversiones sexuales: faltas de desarrollo psíquico, o

sean la idiotez y la imbecilidad, debilidad mental adquirida tras enfermedades mentales, la apoplejía, lesiones en la cabeza, sífilis, parálisis progresiva, epilepsia, locura periódica, monomanías, melancolía, histerismo y paranoia.

Bloch estima que la epilepsia es la enfermedad que merece más atención, "ya que se presenta como momento enfermizo en los actos sexuales perversos y delitos con mucha más frecuencia de lo que hasta ahora se había creído". De la misma opinión son otros autores, quienes afirman que siempre que nos encontremos ante una vida sexual anormal, se hace necesario pensar en un momento epiléptico de mayor o menor intensidad. César Lombroso admite que todos los satíricos prematuros son epilépticos disfrazados, citando varios casos demostrativos de sus teorías.

Se ha podido comprobar, en efecto, que en determinados momentos denominados "crepusculares", especialmente en la epilepsia, es cuando se manifiestan las tendencias sexuales perversas.

El alcoholismo habitual produce idénticos resultados en la orientación del impulso sexual; a veces basta con que el individuo esté "un poco alegre", sin ser un alcohólico, para que la inclinación pervertida que ha estado latente, se manifieste sin necesidad de que concurren otras circunstancias determinantes. Hay numerosos casos de individuos que después de haber asistido a una comida, a un festejo, a cualquier sitio donde se bebió hasta casi embriagarse, sin ser habituales, llegan a una casa de prostitución, eligen a una compañera para aquella noche, y después de cometer toda clase de atrocidades, se duermen tranquilamente. Al cabo de unas horas de sueño, las suficientes para que desaparezcan los efectos del alcohol ingerido, el hombre, a lo mejor perfectamente educado, despierta sin saber dónde se halla. Recuerda, sí, de una manera vaga, que la noche anterior, después de la juerga, vino a la casa de prostitución; pero a partir de ese momento, ya no es capaz de recordar nada concreto. Su admiración y su vergüenza suelen ser enormes cuando la compañera de aquella noche le refiere todos los actos que ha cometido, que lo mismo pueden ser de naturaleza normal que del género más abominable.

En este caso, la perversión existe; pero es que la civilización, la cultura, todo lo que encubre y aherroja las expresiones del instinto, quedó destruido por el alcohol al producir ese estado de inconsciencia que da lugar a que el impulso se manifieste libremente, sin trabas de ningún género.

Al llegar a este punto de nuestro estudio, nos encontramos con una modalidad distinta de la expresión de las psicopatías sexuales. El lector, no obstante, habrá sabido comprender que nos referimos a

un caso de neurosis en el que la perversión es el producto de la anomalía cerebral.

Ha sido necesario exponer el caso anterior para hacernos esta pregunta: La neurosis y la perversión, e incluso la perversidad, ¿son sólo un producto de la civilización? Inmediatamente contestaremos de una manera negativa: No. Al contrario, lo que la civilización ha conseguido ha sido reprimir los instintos "anómalos naturales" que forman parte de la psicosexualidad de todos los individuos, y que se manifiestan tanto más libremente cuanto más débiles sean los elementos represivos impuestos por el desarrollo de la cultura.

Este es ya un aspecto nuevo del asunto que nos ocupa, pero que no hay que dejar de tener en cuenta en la justificación de las perversiones en individuos perfectamente normales y equilibrados, que, por otra parte, tienen el más recto criterio de la sexualidad.

Claro es que tales perversiones no son nada terribles ni demasiado extrañas, ya que no se trata de casos de vampirismo ni de necrofilia; pero si nos fuera posible a los investigadores conocer al detalle la vida sexual de los hombres—y mujeres—que a diario tratamos y admiramos honrándonos con ello, sería fácil descubrir la existencia de unas remotas reminiscencias de sexualidad anormal, traducidas, a veces, en hechos verdaderamente chocantes con la moral del observador, quien, a pesar de todo, "puede realizar idénticos objetos", sin que por ello experimente la más mínima reacción de conciencia.

No pretendemos por esto sentar la teoría de que las perversiones son hechos normales, porque ello representa un contrasentido; pero lo que sí hemos de ver con ejemplos abundantes, es que lo único que caracteriza de pervertido a un acto sexual anómalo es la medida en que éste se manifiesta, y no la predisposición del individuo para realizarlo. Por esto, como decíamos antes, muchas veces, ante casos al parecer anómalos, nos encontramos con que el origen se ajusta en un todo a los fundamentos biológicos normales, como puede ocurrir con el masoquismo, con el sadismo y con otras aberraciones semejantes, y esto si hemos de basarnos en los ejemplos de los animales y en los que nos ofrecen los pueblos de civilización rudimentaria o nula.

Para definir exactamente esos casos y sancionarlos con arreglo a las normas de la moral o de la ciencia, no hay que someterse solamente a las opiniones de los neurólogos ni psiquiatras, sino que debemos tener muy en cuenta las razones antropológicas y etnológicas que pueden determinar esas supuestas perversiones, ya sean aparentes o bien asuman todos los caracteres de anomalías reales.

Pero dejemos hablar a Iwan Bloch: "Salgamos de la sala de enfermos y del consultorio del médico, viajemos por el mundo y obser-

vemos todas las maniobras sexuales del *genus homo* en sus diferentes manifestaciones, pero no como médicos, sino como meros espectadores, y comparamos la sexualidad del hombre culto con la del hombre de la Naturaleza, y entonces reconoceremos cómo se ha ensanchado el campo de vista para que juzguemos acerca de la Psicopatía sexual, y veremos cómo retroceden los fenómenos de la cultura y de la época ante el fenómeno general humano, que en sus "rasgos generales es siempre el mismo".

En efecto, las perversiones sexuales las encontramos en todas partes, en el mundo entero, desde la ciudad más culta hasta la aldea más salvaje, y no sólo ahora, sino en todos los tiempos, por remotos que sean. "La cultura, el progreso, las enfermedades y la degeneración desempeñan sólo el papel de factores favorecedores, modificadores e intensificantes." Freud ha dicho que la predisposición a las perversiones es la primitiva y general del instinto sexual, "de la cual se forma más tarde, gracias a variaciones de carácter orgánico y a impedimentos psíquicos en el transcurso del desenvolvimiento de la sexualidad normal". Posiblemente, esta teoría resulta un poco avanzada; pero no cabe duda que al lado de las manifestaciones perfectamente normales de la sexualidad, nos encontramos con aspectos que han existido de siempre, lo mismo entre los pueblos cultos y primitivos. "El instinto sexual, dice Bloch, como pura función física, no constituye un término de comparación ni un signo de diferenciación entre el hombre primitivo y el civilizado. Los pensamientos elementales de la Humanidad se reproducen y se encuentran en las formas elementales de los fenómenos de las aberraciones sexuales en todas partes."

Se dice que el mundo actual se caracteriza por el desenfreno de las costumbres, por un erotismo desenfrenado "que no se conoció jamás". Y esto es inexacto. Si nuestro tiempo está zaherido y desacreditado por los dictérios de nervioso, degenerado, ultracivilizado, perverso, etc., es una de dos: o porque esos opinadores no se toman la molestia de volver la mirada atrás, o porque, en efecto, todas estas manifestaciones son hoy más visibles que antes del presente siglo.

No vamos a referirnos de nuevo a las fiestas periódicas sexuales de los pueblos antiguos, en las que todas las licencias sexuales eran cosa natural, ni a otras costumbres semejantes que aún subsisten, como hemos visto en el volumen anterior, en muchas partes del mundo. Pero si nos acordamos de Grecia, de Roma e incluso del mundo civilizado de la Edad Media, veremos que entonces la sexualidad se manifestaba por medio de unos excesos y depravaciones que hoy no serían admitidos por las mentalidades más depravadas. Aquella famosa "fiesta de los locos" que fué tolerada por la Iglesia, y en la que tenían

lugar toda clase de expresiones eróticas, es fácil que no la practicasen los locos auténticos de nuestros días, ya que aquellos otros no estaban menos cuerdos que las altas autoridades que la consentían.

En aquellos tiempos, la sexualidad se introdujo en los conventos en las mismas formas que adoptaba en los prostíbulos; era una especie de epidemia que no respetó nada y que puso de relieve la existencia de aquellos grandes sádicos que actuaban en nombre de Dios por medio de los tribunales de la Inquisición. Las depravaciones de la época medioeval eran públicas muchas veces, y si había quienes se lamentaban de esas perversiones de las costumbres, se reclinaban en sus castillos y palacios para entregarse a los mismos vicios que condenaban.

"Tan antigua como la Humanidad es la leyenda o el cuento de los buenos tiempos antiguos, de la edad de oro del género humano, del magnífico y esplendoroso pasado, al que ha seguido un presente cada vez más corrompido física y moralmente. Los antiguos dijeron lo mismo, y su opinión se repitió en la Edad Media y luego en el Renacimiento, para convertirse desde la apasionada condenación de toda civilización por Rousseau en el arma predilecta de los santurrones, hipócritas, falsos apóstoles de la moral, retrógrados y guardianes de la moral convencional para combatir a los ignorantes y fáciles de convencer. La Antropología, la Prehistoria y la Historia de la civilización han venido a destruir los hermosos cuentos de los buenos tiempos pasados y su leyenda de oro, y sólo han dejado... el actual presente, mucho más hermoso." (Bloch.)

No hay que hablar, repetimos, de las épocas en que la Humanidad vivía en un estado de absoluta promiscuidad sexual, porque de entonces no tenemos noticias de que las perversiones sexuales existieran; pero de lo que sí se poseen las referencias más abundantes es de los actos de impudicia de los antiguos Césares de la Roma pagana y cristiana, donde había alcohólicos, epilépticos, histéricos, maniáticos y, en resumen, degenerados de todas clases. Este diagnóstico retrospectivo, hecho después de dos mil años de intervalo y basado sobre informes de toda naturaleza, emitidos por partidarios del cristianismo y del paganismo, no aluden para nada a la locura, la cual diferenciaban de estos estados neuropáticos, tratándolos, a lo sumo, como actos de "locura erótica" perfectamente compatibles con el desarrollo de la cultura del pueblo romano en todas sus manifestaciones.

Aquellas tremendas orgías de los palacios imperiales de Roma, en los que se reunían las clases más selectas de la sociedad, acabaron en la Edad Media, en que, justo es decirlo, raramente asumían caracteres de tan desenfrenado erotismo. Y en Grecia ocurrió otro tanto; ya conocemos el *amor griego*, de que nos hablan los filósofos lo mismo

que las costumbres de la isla de Lesbos, que también practicaron las emperatrices romanas, mujeres a las que ningunas otras igualaron en tiempos posteriores, aunque no debemos olvidar que existieron una Margarita de Borgoña y una Catalina de Rusia, hembras bizarras que hicieron de su erotismo mangas y capirotas en beneficio de los soldados de sus escoltas. Modernamente, no ha habido una reina como la emperatriz Mesalina, ni una Cleopatra ni otras por el estilo. Y si las ha habido, no tenemos de ello muy ciertas referencias, porque, en todo caso, procuraron que las aventuras no trascendiesen de los palacios o de los retiros campestres.

¿Y qué decir de la célebre Corte de Versalles? ¿No sabemos todos lo que ocurría en el Chatelet, en Compiègne, en Fontainebleau y en otros retiros semejantes contruidos con el solo fin de rendir culto al amor en todas sus formas?... Decir que en estos tiempos las perversiones sexuales eclipsan la conducta depravada de los magnates de otras épocas—de los que en todo caso debía brotar el ejemplo de castidad y de pureza—, es negar la existencia del sol que diariamente nos alumbra.

Así pues, la depravación sexual de los tiempos presentes, es, en todo caso, la misma que en los pasados. Pero tampoco es justo someterse a esta conformidad tan convencional, si vemos que en la época actual un sentimiento de pudor colectivo condena las extralimitaciones, muy raras, de los magnates, mientras que en los tiempos pasados se acataban y se practicaban esas orgías por la población entera.

¿Cuándo existió el “derecho de pernada”? ¿Cabía humillación mayor para una mujer, para un esposo o para un hijo? ¿Y no eran los aristócratas y clérigos los que imponían este tributo y lo hacían efectivo también?... Veamos, pues, que la inmoralidad no es sólo una fruta de nuestro tiempo, y vengamos al convencimiento de que las perversiones sexuales no las ha inventado la supercivilización, por mucho que digan los moralistas que la destrucción de la raza tiene sus orígenes en los abusos y aberraciones del sexo.

Sólo vamos a admitir una *perversión*—según los moralistas—, que es, sin duda alguna, un producto de la civilización: el anticoncepcionismo. Pero si analizamos serenamente esta modalidad de la perversión, será necesario convenir en que lejos de significar una desviación del instinto sexual representa una garantía para la afirmación de una raza fuerte y consciente que lucha contra sí misma en un proceso de eliminación de productos inútiles. Claro es que para decir esto hemos de situarnos en un plano de visión social de la Humanidad perfectamente eugénico y científicamente biológico.

Atribuir la decadencia de la raza al progreso de las perversiones

sexuales nos parece un cuento o una gana de pasar el rato. En primer lugar, dígame cuanto se quiera, no son los excesos eróticos los que debilitan y minan las fuerzas vitales de un pueblo, porque estas aberraciones, por sí solas, en nada afectan al desenvolvimiento cultural de la Humanidad, a no ser que vayan unidas a otras causas económicas o políticas. Ni el neurópata ni el pervertido dejan de mostrarse perfectamente normales en el resto de todas sus actividades útiles de la mayor importancia social. En todo caso, ¿qué puede ocurrir? ¿que no tengan hijos? ¿Pues tanto mejor! Después de todo, es un método que compensa la excesiva actividad procreadora de otros individuos, y aunque esto no fuera así, la mejor manera de evitar que fructifique una semilla, consiste, sencillamente, en no sembrarla.

Por otra parte, la prueba de que los extravíos sexuales no parecen influir demasiado en el equilibrio cultural de la raza, la tenemos en lo que dice el escritor alemán Karl Bleibtreu hablando de la supuesta relación entre las depravaciones de la lascivia y la decadencia política de un Estado: “La Roma antigua engendró sus más grandes hombres en una época de degeneración moral. La más sublime floración de la cultura helénica coincidió con un período de profunda inmoralidad. Podría objetarse que, después de Pericles, Fidias, Aristófanes, Alcibiades y Sócrates, fué cuando comenzó la decadencia de la raza helénica, aunque ésta produjera todavía mucho más tarde imperecederas figuras históricas, como Alejandro, Aristóteles y Demóstenes, acreditando la vitalidad de la raza. Pero esta objeción no podrá servir de mucho al que la haga, porque ya en los comienzos del pueblo griego encontramos en las leyes que dictaron Solón y Licurgo las muestras más claras y sospechosas de que en aquel pueblo virgen las relaciones sexuales, especialmente el matrimonio y la procreación, estaban desquiciados en alto grado.

Lo mismo encontramos en Italia en la época del Renacimiento y en el período de los Hohenstaufen, porque también entonces reinaba un gran extravío en las relaciones sexuales. También en la mitad del siglo XVIII, y en contra de las justificadas jeremiadas de Rousseau por las tendencias contrarias a la Naturaleza, y de todos los padecimientos del joven Werther, nacieron en número inagotable hombres geniales, y más que en ninguna parte en Francia, que era la que más corrompida estaba por la inmoralidad, surgió una generación de los Mirabeau y Bonaparte, cuya fuerza vital todavía nos anima hoy día.”

Evidentemente, si es cierto que en los tiempos pretéritos las perversiones sexuales alcanzaron un grado de desarrollo bastante más acentuado que en los días que corren, no por eso dejó de haber hombres célebres que honraron a la Humanidad.

Se ha pretendido también demostrar que la raza degenera ahora en virtud del progreso de las enfermedades sexuales, producto de las perversiones que presiden el ritmo de la Humanidad. Sinceramente, no es posible admitir esta teoría, ya que si entendemos por perversión todos aquellos actos anormales del instinto, no cabe duda que el fetichismo, la homosexualidad, la necrofilia, la masturbación y todas las desviaciones del acto natural, no es posible que den lugar a la propagación de esas enfermedades, excepción hecha de la sífilis, que no necesita un contacto netamente sexual para hacer sus víctimas.

Además, aun en el supuesto de que las enfermedades venéreas alcanzasen actualmente proporciones más graves que las que ofrecían antiguamente, no cabe duda que la Ciencia ha realizado progresos verdaderamente admirables en este sentido. Por otra parte, no exacto, ni puede pensarse siquiera, que hoy se desarrollen esas dolencias con el carácter terriblemente destructor que se conocieron hasta hace poco más de un siglo, en cuya época existía el criterio ascético de abandonar a los infectados para que así purgasen los pecados que cometieron haciendo uso del sexo. ¿Y qué hemos de decir, entonces, de esa verdadera perversidad de los viejos moralistas?...

Hemos venido haciendo, a largos trazos, una historia esquemática del aspecto social e higiénico de las depravaciones sexuales desde los tiempos de Roma y Grecia hasta nuestros días. Como veremos en el volumen titulado *Los extravíos de los magnates*, número XLVIII de estos TEMAS SEXUALES, no sólo modernamente son las perversiones menos visibles, sino que aun siendo también menos absorbentes, no presentan los caracteres aparatosos y espectaculares de los tiempos pasados ni siquiera entre esos personajes que por su elevada posición social pueden permitirse el lujo de realizar "genialidades" que llevadas a cabo por gentes inferiores no pasan de ser vulgares "canalladas".

Esto resulta, naturalmente, del progreso de la cultura, por una parte, y de la liberalidad o la desenvoltura de las costumbres, por otra. A falta de opresiones fuertes, dejan de producirse reacciones bruscas. De donde resulta que las perversiones de las épocas lejanas no eran más que explosiones de una hipocresía largamente contenida en virtud de opresiones religiosas o morales, que, como ha ocurrido siempre, eran incapaces de oponerse al desarrollo de los instintos naturales remotos de perversión, más o menos graves, que han persistido y persistirán en la Humanidad, pese a todo cuanto quiera predicarse y se pretenda decir, alejándose de las bases naturales de la sexualidad animal.

Volvemos, pues, al punto de partida de nuestra presente disertación: que las perversiones sexuales, a no ser que asuman caracteres

muy graves, parecen estar determinadas por elementos primitivos que *existen siempre* en forma de extravíos o ligeras desviaciones, incluso en los seres mejor equilibrados. Dice Freud, y es innegable, que donde las circunstancias lo favorecen, puede el hombre normal sustituir durante algún tiempo por una de esas perversiones el objetivo normal sexual, o conservar aquella junto a éste. "En ningún hombre sano *puede faltar* al objetivo sexual normal un agregado que pudiéramos denominar perverso."

Ya empezamos, pues, a ver, según el psicoanálisis, que las perversiones sexuales tienen, por así decir, una base normal. Pero este hecho reconocido, o mejor dicho, confirmado por los psicoanalistas, es tan antiguo como el mundo, y su observación no es nada difícil si analizamos los casos que se ofrecen al investigador entre los civilizados o en las razas inferiores de la Humanidad, sin excepción alguna.

Las investigaciones que los más famosos etnólogos han llevado a cabo en todo el planeta, confirman la existencia de las perversiones y aberraciones sexuales por todas partes, puesto que todas ellas proceden de las mismas causas. "Como la prostitución—dice Bloch—, es también la perversión sexual una tendencia a la depravación sexual profundamente arraigada en el hombre, un fenómeno primitivo y esencialmente antropológico, que la cultura, lejos de incrementar, ha suavizado. Carlos Darwin dice, con razón, que el execrar de la impudicia y de las aberraciones sexuales es una "virtud moderna", propia de los países civilizados y desconocida por completo del hombre primitivo. Este disfruta en la deshonestidad más brutal y con las perversiones y depravaciones sexuales tanto, que las aberraciones sexuales de los pueblos civilizados no son, por regla general, más que imitaciones del ejemplo que les dan los pueblos salvajes."

En el volumen XLVI, titulado *Perversiones de pueblos incultos*, veremos que lo que nosotros estimamos como anormal, resulta entre esas gentes perfectamente lícito y natural, como una modalidad legítima de la sexualidad. Claro es que, desde el punto de vista exclusivamente teológico, no hay más remedio que separar el amor sexual de la procreación. En este caso, todo lo que no sea tender a la reproducción de la especie, no sólo será una perversión, sino también una perversidad merecedora de las más terribles sanciones.

No obstante, en los pueblos donde se concede a la voluptuosidad tanta importancia como a la procreación, por no decir más, puesto que la fecundación es, por lo general, la consecuencia del placer sexual—en cuanto al hombre, no puede ocurrir de otra manera—, ese placer se busca por todos los procedimientos, sin que por ello crean los individuos que cometen perversiones y aberraciones. Pueden ocul-

tarlo, si; ¿pero por qué razón? Simplemente, por las influencias religiosas y porque existiendo en todos los pueblos la creencia en un principio espiritual superior que rige los actos de su vida, ya sea un dios, un astro, un ídolo cualquiera o un fenómeno periódico de la Naturaleza; en suma: una religión, siempre habrá individuos que sometiéndose fielmente a los dictados útiles de la castidad y la abstinencia relativas, cuyos beneficios sólo pueden ser bien comprendidos por las inteligencias mejor equilibradas, terminarán por imponer una doctrina sexual encaminada a traducirse en los mejores resultados para la higiene de la raza que, evidentemente, es incompatible con los excesos sexuales que reducen la actividad y merman las facultades intelectuales en tanta mayor medida cuanto más se necesite de las energías psíquicas para convertirlas en fuerza creadora material.

Por esta razón, todo lo que equivalga a abusar de la sexualidad, lo mismo en el aspecto normal que en el que estimamos como aberrante o pervertido, tiene que ser rechazado por las inteligencias conscientes y, sobre todo, aquellas modalidades que no ofrecen la menor probabilidad de traducirse en el resultado normal y biológico de la reproducción de la especie.

No obstante, en muchos países no existen estos escrúpulos y hasta puede decirse que han sido siempre desconocidos. En algunos pueblos de la Polinesia y de Asia hay épocas en las que no se practica el acto sexual normal, pero en cambio se entregan los salvajes a toda clase de aberraciones que tiendan a producir deleite sin el menor riesgo de fecundación. Esto puede observarse hoy mismo entre los *cunnilingi* de la isla de Ponapé, del archipiélago de las Carolinas, islas que fueron vendidas a Alemania por España, y que en la actualidad pertenecen al Japón, que se apoderó de ellas durante la Gran Guerra.

Decirles a estos indígenas que sus actos sexuales son pervertidos e inmorales, equivale a acreditarse ante ellos de verdaderos inmorales. Sostienen, y no les falta razón en su teoría, que un acto que cometen todos ellos desde siempre no puede estimarse inmoral, porque no puede ser inmoral "realizar todo lo que pide la Naturaleza"; en cambio, afirman que los civilizados no lo hacen porque niegan el poder a la Naturaleza, en lo que existe la mayor inmoralidad.

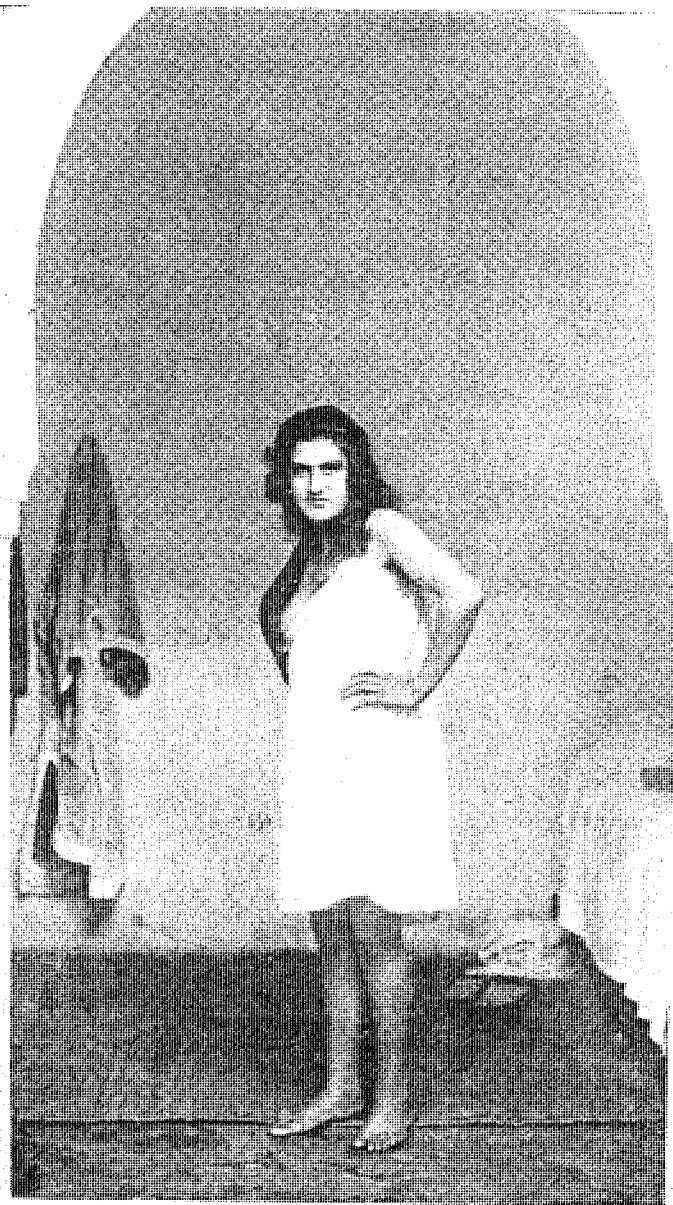
Entre los habitantes de las islas Tauni, también en el Pacífico, se excluye del matrimonio a las muchachas pobres más bellas, destinándolas a servir de meros objetos de goce, con las cuales esos libertinos se permiten todos los refinamientos sexuales y otros actos característicos de las perversiones más repugnantes.

El bestialismo, que clínicamente se explica por una desviación com-



LA PERVERSIÓN EN EL ARTE

Este dibujo de una mujer, es, como si dijéramos, una explosión de la perversión sexual que se manifiesta por los placeres lésbicos, o sea el amor entre mujeres solas.



EL PLACER DE HUMILLAR

Para una prostituta israelita, no hay placer comparable al exclusivamente cerebral que experimenta obligando a un musulmán—raza odiada por los hebreos—a cometer con ella ciertas perversiones.

LAMINA II

pleta del impulso sexual, es más frecuente de lo que parece en todas las partes del mundo. El mismo *Korán* aconseja la deshonestidad con los animales—jumentas, yeguas, perras, cabras, vacas, etc.—, cuando no haya posibilidad de desahogarse con una mujer, bien porque se esté de viaje o bien porque la mujer se encuentre en un estado particular. Se pena el adulterio, pero no el bestialismo. Este también se aconseja cuando se padezca alguna enfermedad venérea, porque según los teólogos musulmanes, el calor ardiente de la vagina de esas hembras destruye los gérmenes productores de la enfermedad. En el caso de que no se quiera recurrir a una bestia, puede practicarse el coito con una negra esclava—a la que, por lo visto, consideran inferior a los animales—, estimando que las partes genitales de las negras son también muy ardientes, propiedad térmica insustituible para conseguir la curación del mal.

El coito anal con la mujer también es aconsejado por dichos teólogos: “Haz de tu mujer lo que quieras, menos un cadáver.” Con esta máxima, lo único que un musulmán no puede hacer con su esposa es darla muerte; lo demás, todo está permitido. En contraste, la masturbación es un pecado que castigan, aunque con penas leves, las leyes del Profeta.

Los tratadistas más serios que han salido en defensa de la Humanidad civilizada cuando se pretendió achacar a esta civilización la responsabilidad de las perversiones sexuales, demostraron suficientemente que, “como las anomalías sexuales son un fenómeno general humano, influyen en ellas mucho menos de lo que se cree la cuestión de las razas y las nacionalidades”.

Iwan Bloch, de cuya autoridad en esta materia no puede dudarse, escribió hace unos años lo siguiente: “El mongol y el malayo no son menos lujuriosos que el semita y muchos pueblos arios. Entre los semitas, son los árabes y los turcos los pueblos sexuales perversos por excelencia; buscan su satisfacción sexual lo mismo en el harén que en los lupanares de mancebos, como nos lo han hecho ver innumerables descripciones de viajes en Turquía, la costa de Levante, El Cairo, Marruecos, el Sudán arábigo, etc. Entre los pueblos arios, merecen los indostanos la fama de refinados, prácticos, como ningún otro pueblo, en una psicopatía sexual de la que han hecho un verdadero sistema. Además de las cuarenta y ocho *figuras veneris*, o sean posiciones para el coito, practican toda clase de perversidades sexuales y tienen en diferentes tratados unas instrucciones para practicar la deshonestidad con arreglo a un plan. En esto falta ostensiblemente toda huella de estados enfermizos, de degeneración y de psicopatía; sólo se trata de costumbres y hábitos de un pueblo.”

En resumen: en la antigüedad, en la época actual, en las ciudades, en los distritos rurales y en todas partes, las perversiones sexuales han existido siempre, bien como ritos sagrados—como hemos visto al tratar de la prostitución religiosa—, bien como festividades periódicas o, simplemente, como costumbres fuertemente arraigadas en la sexualidad de esos pueblos. Aun hoy día, en los pueblos cultos y en las grandes ciudades, gentes de la más elevada intelectualidad, practican esas perversiones colectivas: las *partidas de vicio* del Bosque de Bolonia, de París, son una prueba palpable de nuestro aserto. Y, a pesar de todo, ni el neurólogo ni el psiquiatra intervienen en estos casos escandalosos; es sólo la Policía, institución social, la encargada de reprimir esas expresiones, pero no por lo que afecta a su fondo, sino a su forma.

DESARROLLO DE LAS PERVERSIONES

Papel del amor en el desarrollo de las perversiones.—Homicidios por amor.—Efectos idénticos en la falta de amor.—La prostitución y el origen de las perversiones.—Psicología del desarrollo.—La locura de los enamorados.—Manifestaciones.—Enamorados e indiferentes.—La responsabilidad de las mujeres.—Los “institutos de masaje” y las masajistas.—El charlatanismo sexual y el delito organizado.—Perversiones por todas partes.

Poco a poco hemos venido a parar en la conclusión de que las perversiones del impulso sexual son, hasta cierto punto, una consecuencia normal del instinto. Ahora bien, para admitir en todo su valor esta afirmación, es necesario establecer muy precisas diferencias, porque, evidentemente, aunque el psicoanálisis, por ejemplo, pretenda demostrar las raíces naturales de una perversión como la necrofilia, o sea la deshonestidad practicada con los cadáveres, nos encontramos con que esa base remotísima se apoya en una neurosis perfectamente definida en cualquiera de sus formas clínicas.

Es preciso, pues, separar las perversiones “normales”—valga la paradoja—, de aquellas otras aberraciones totalmente monstruosas. La escatofagia, por ejemplo, es una forma del fetichismo que puede explicarse por un exceso de amor o de pasión hacia la persona que excreta esos materiales que sirven para excitar la sensualidad del fetichista. Pero si ese amor, esa adoración desenfrenada tiene, hasta cierto punto, una base natural, no es posible admitir que sea normal el placer que se experimenta bebiendo orines o deglutiendo excrementos; es, desde luego, una exaltación morbosa del impulso sexual.

Aparte de todas estas modalidades extremas que ya estudiaremos con detalle al referirnos a ellas aisladamente, existen otras de formas más leves y más extendidas, todas encajadas en los índices del simbolismo erótico.

Ya hemos visto que existen infinitas circunstancias—la herencia, el alcoholismo, las enfermedades—que pueden determinar esas psicopatías, esas tendencias anormales de la sexualidad, hasta el punto de

que el individuo llega a prescindir en absoluto de los procedimientos normales de satisfacción, para entregarse de lleno a las prácticas aberrantes. Pero aparte de esas predisposiciones congénitas o adquiridas en virtud de traumatismos psíquicos, dolencias o influencias inevitables de la edad infantil, hay muchos hombres que, perfectamente orientados en su niñez y adolescencia, después de haber practicado la sexualidad normal, incluyen en el área de su erotismo modalidades diferentes y adoptan usos distintos de los que constituyeron las bases lógicas de su primitiva orientación.

En estos individuos, la evolución de lo normal a lo anormal no se opera nunca espontáneamente, sino que casi siempre se encuentra el motivo en las influencias externas, en las excitaciones, en el ejemplo y, ¿por qué no decirlo?, incluso en el amor, pero en un amor perfectamente normal.

¿Existía, para determinar esta tendencia, una predisposición, una neurosis latente? Los psicoanalistas no se lo explican de otra forma. Por otra parte, si hemos visto que las perversiones sexuales, o, mejor dicho, la predisposición a ejecutarlas reside en el hombre sano en forma de *agregado perverso* y que "son una parte integrante que *raras veces falta* en la vida sexual de los sanos, ¿qué necesidad tenemos de invocar las psicosis, las neurosis y la demencia para justificar la conducta de quienes no se ajustan por completo a las leyes estrictas de la reproducción?

Así pues, y desviándonos un tanto del tema que nos ocupa, vamos a recurrir a las causas que nacen en el mismo amor, en la pasión, en la exaltación psíquica y física que pueden producirse en la mentalidad de un enamorado, sin importarnos el sexo, la educación ni el país en que se haya desarrollado.

Si es cierto que las pequeñas causas son susceptibles de producir grandes efectos, ¿vamos a negar que las causas grandes pueden ser capaces de traducirse en efectos incommensurables en todos los sentidos? En la historia de la Humanidad, en todo tiempo, nos encontramos con que han existido grandes pasionales, enamorados que dieron todo, hasta la vida, que es la renunciación al amor, e incluso que inmolaron al ser amado, renunciando, naturalmente, al objeto de esa pasión. En amor, matar y morir es lo mismo. En la psicología del homicida y suicida por amor, encontraremos que la exaltación ha producido un estado de angustia que sólo puede resolverse con la destrucción, con la muerte. Se cita el caso de un individuo, perfectamente normal—por lo menos, que no había dado, hasta entonces, ninguna prueba de anomalía mental—, que en la noche de sus nupcias empezó a devorar a su esposa: la mordió en un muslo, se quedó con el

bocado entre los dientes, y lo masticó y lo tragó. Este caso de antropofagia, de canibalismo sexual, es una prueba evidente de hasta dónde puede llegar la exaltación del impulso más poderoso que acciona la vida de todos los animales, sin excluir al animal humano. ¿Que existía un elemento sádico? No lo negamos; ya veremos hasta qué punto pueden considerarse normales el sadismo y el masoquismo.

"Por ti daría mi sangre gota a gota", dice un enamorado a su amante en los momentos de su normal delirio. Con esto quiere decir no sólo que está dispuesto a todos los sacrificios, sino que en nada le importa entregar la vida de una manera lenta y horrible. Y, a propósito, voy a referir un caso en el que indudablemente nos encontramos con un sádico y una enamorada; una *loca de amor*, como se dice en las novelas.

Ocurrió en Lisboa. Los protagonistas fueron un joven ingeniero peruano y una señorita portuguesa, de buena familia. Lo mismo él que ellas, eran seres perfectamente honestos y normales, de buena constitución física y sin antecedentes hereditarios. Llevaban dos años en relaciones, y él había permanecido un año entero separado de ella, por haber estado dirigiendo la construcción de un puente en un país sudamericano. Durante esa ausencia, se escribían diariamente, a pesar de que los correos marítimos no salían más que de cinco en cinco días. El ingeniero vino a Lisboa para contraer matrimonio, cuya fecha estaba fijada para quince días después de su llegada.

El mismo día de su arribo, se instaló en casa de su prometida. Naturalmente, después de tan prolongada ausencia, los jóvenes quisieron quedarse a solas con su pasión, y al efecto, se trasladaron al despacho del padre de ella, situado en una de las habitaciones más alejadas del resto de la casa donde la familia hacía la vida habitualmente.

Huelga decir que el primer gesto de los amantes al verse solos no podría interpretarse más que en forma de todas las caricias lícitas, no de acuerdo con su amor, sino con arreglo a las normas sociales. Por lo visto, ella vestía una *robe de chambre* un tanto atrevida, que dejaba al descubierto una buena parte del pecho. En un intervalo de calma, parece ser que él tomó de encima de la mesa una plegadera para abrir libros en forma de estilete de punta agudísima, con la que empezó a jugar haciendo como que iba a herir a su amante. Ella le dijo que no tenía miedo al arma en sus manos, y que hasta la muerte dada por él habría de parecerla una caricia.

Parece ser que el ingeniero dudó de la sinceridad de las frases de su amada, replicándola:

—Lo dices porque sabes que no he de hacerte nada.

—Y aunque lo hicieras, te lo diría lo mismo; intenta, si quieres, y verás cómo no se me altera un solo músculo de la cara. ¡Te amo tanto!...

En efecto, el muchacho apoyó la punta del instrumento sobre el pecho izquierdo de la joven:

—¿Te duele?

—Nada. ¡Si tienes tú más miedo que yo!

Refiere que durante dos segundos empujó el arma, pero la carne ofrecía cierta resistencia. Oprimió con más fuerza. Ella, ni pestañeó siquiera. Y de pronto, "sin saber lo que hacía", cedió la carne, y el estilete penetró más de diez centímetros, perforando la aorta. Por muy pronto que quiso acudirse en socorro de la enamorada, fué imposible contener la hemorragia, y murió a los pocos momentos.

El peritaje médico-legal demostró que el homicida no padecía ninguna enfermedad ni trastorno mental, por lo que hubo de cumplir condena en una prisión de Lisboa.

Casos de esta naturaleza, en los que el móvil fué ese exceso de pasión, esa especie de locura amorosa, podrían citarse a centenares. Con esto queda demostrado que si en estos casos, en los que no median disputas, ni celos, ni accesos momentáneos de odio puede llegarse hasta el crimen, nada tiene de extraño que tengan lugar todas esas manifestaciones perversas del amor heterosexual normal en formas incruentas, que lejos de producir a los amantes el más mínimo dolor, dan lugar a las máximas sensaciones de voluptuosidad erótica.

Depende, naturalmente, del grado de excitación a que puede llegarse en virtud de las impresiones producidas por la visión del ser amado, ya sea todo el cuerpo o bien una parte cualquiera. Un joven de veintidós años manifiesta que su mayor deleite consistía en acariciar los muslos de una mujer, "aunque no le inspirase ningún sentimiento amoroso", o, sencillamente, aun sin conocerla siquiera. Le bastaba sólo con ver a una artista en un teatro, a una bañista, etc., para experimentar unos desos irresistibles de acariciar aquella parte del cuerpo. En una ocasión fué detenido por cometer actos deshonestos en plena terraza de un café muy concurrido. En la mesa inmediata a la en que él se hallaba, vió a una señora cuyos vestidos, muy tenués, permitían que se destacase claramente la línea de los muslos. Cuando fué detenido manifestó que no había podido resistir el impulso de acariciar aquella parte del cuerpo de la señora, aunque se daba cuenta perfecta de que iba a provocar un escándalo.

Se investigó en el caso—de fetichismo—, por lo que se vino en conocimiento de que cuando tenía cinco años, una doncella le obligó a besarla los muslos mientras le masturbaba con la boca. Desde en-

tonces, jamás pudo disociar aquellos dos actos en sus sentimientos sexuales, estando plenamente convencido de que la sensación de placer que había experimentado en las diferentes ocasiones de su intimidad con la doncella, obedeció, no a la succión o masturbación bucal, sino a la excitación obtenida al acariciar los muslos de su pervertida iniciadora. Aquí está claramente explicada la existencia de la lesión neuropática que le produjeron los primeros traumatismo psicosexuales.

Pues bien; estos casos de fetichismo, en lo que es indiscutible que existe una base normal de atracción, hemos de considerarlos como graves, ya que las energías de la voluntad no son lo bastante fuertes para oponerse al desarrollo de la impulsión, que no encuentra barreras ni en las circunstancias desfavorables que evidentemente se derivan de la ejecución en público de tales actos.

Aparte de estas anomalías indiscutibles, puesto que normalmente, y esto ya desde el punto de vista biológico, a todo acto sexual debe preceder una fase de cortejo, de conquista o de excitación, en la vida erótica normal se llega a esas perversiones por diferentes caminos, especialmente por parte del hombre, lo que se explica en virtud de que el instinto sexual masculino es mucho más poderoso y violento que el femenino.

Ya hemos dicho repetidas veces cómo se opera el proceso de la tumescencia en el hombre, independientemente de toda predisposición amorosa de índole sentimental. Basta sólo un rápido *coup de vue*, como dicen los franceses, para que ese golpe de vista dé lugar al fenómeno de la turgescencia en los individuos de temperamento fácilmente excitable. En los menos predispuestos, el deseo que inspira aquella mujer no se traduce inmediatamente en ese fenómeno; pero no cabe duda que las excitaciones psíquicas necesarias para poner en actividad el mecanismo erector se obtienen con la máxima facilidad, siempre que se trate de sujetos normales.

En virtud de esta predisposición, en la que la imaginación tiene que reemplazar forzosamente a los sentimientos afectivos puros, esto es, al amor psíquico, puede decirse que el individuo pierde una gran parte de autodomínio, pues parece que las fuerzas de la voluntad, puestas al servicio del sexo exclusivamente, dejan de actuar sobre las demás facultades psico-motoras, apareciendo el instinto en toda su grandeza o en toda su animalidad.

Cuanto mayor sea la excitación anormal, más fácilmente se despertarán las impulsiones primitivas y menos amplias serán las sensaciones voluptuosas experimentadas en este contacto carnal irregular, es decir, incompleto, puesto que la ausencia de determinantes psíquicas

naturales implica la falta de satisfacción del psiquismo que ha quedado sustituido, como decimos, por la imaginación.

Realmente los afectos que unen a este hombre a la mujer que se dispone a hacer suya son nulos, no existen; es el erotismo puramente cerebral que tiene más de neuropático que de anímico. En estas condiciones, y sin prescindir del elemento importantísimo en psicología sexual que representa "lo prohibido"—que es lo instintivo—, resulta que esa mujer desconocida, o, por mejor decir, que no es amada, se ofrece al hombre como un objeto más que como un ser, objeto que no tiene otra importancia que la del momento y al que no se espera volver a ver o del que no se teme un juicio o una actitud de reproche equivalente a la negación de posteriores entregas, que es lo único que en atención a esos prejuicios sexuales podría dominar la actitud del macho.

As., pues, en esta clase de relaciones calificadas de "amor brutal" por un tratadista, la impulsión es tan violenta que anula a la voluntad, a la moral, si queremos decirlo de otra forma, y permite que el instinto se manifieste en su máxima actividad primitiva, surgiendo entonces ese poso de perversión que todos los seres humanos llevamos en nuestra constitución psicosexual.

¿En qué formas pueden presentarse estas perversiones? Desde luego cuando se trata de individuos normales, que es tipo elegido para nuestro estudio en el presente caso, las desviaciones del impulso pueden ser muchas, pero sin adoptar, por lo general aspectos graves. Estas relaciones *de paso* se conciertan, comunmente, con prostitutas y mujeres fáciles, que no inspiran respeto porque tampoco dan motivos de confianza. En este punto aparece otro factor importantísimo que no debemos olvidar: el temor a las enfermedades venéreas, que algunas veces supone una energía de tanto poder como el propio impulso sexual.

En este trance tenemos dos elementos casi de idéntica intensidad: uno positivo, por decirlo así, que es el impulso, y otro negativo, expresado en la misma forma, que es el temor al contagio venéreo. Ante tales circunstancias el individuo sabe que el acto normal puede traducirse más tarde en consecuencias lamentables, y entonces busca un medio de satisfacción que garantice la ausencia de ese peligro. Supongamos, por un momento, que el método de satisfacción que exige de la prostituta, es la *fellatio*, o sea la succión o la masturbación bucal, cuyo mecanismo, por ser más lento, es también más excitante, y, además, más rico en sensaciones eróticas. Aquí tenemos el origen de una perversión muy extendida y conocida en todo tiempo, a la que el hombre quedará sometido mientras dure su temor al contagio, o

en tanto que no establezca la función sexual sobre bases psicológicas normales, esto es, por medio de una amante o de la esposa.

La sodomía o coito anal suele ser otra de las soluciones que encuentra el individuo para satisfacer sus impulsiones eróticas, siempre que la mujer se preste a ello, lo que no es difícil entre las prostitutas. Lo mismo puede decirse de las diferentes formas de masturbación practicadas en los burdeles, donde se recurre a toda clase de fantasías excitantes y artificios variadísimos que terminan por hacerse imprescindibles en la mentalidad del vicioso.

El *cunnilingus*, cuya tendencia a practicarlo es instintiva en el hombre como vemos que lo es en los animales, tiene su escenario de iniciación en los prostíbulos para extenderse más tarde a todas las clases de la sociedad, sin diferenciación de moral, educación o régimen de vida sexual. Según las informaciones facilitadas por las prostitutas de los puntos más diversos del globo, lo mismo las que alternan con los soldados y clases inferiores de la sociedad que las que hacen su vida en los grandes "Palaces" cosmopolitas, todos los hombres jóvenes empiezan su vida heterosexual por esas caricias pervertidas, pero de una manera espontánea y sin que medie solicitud por parte de la mujer.

En algunos, justo es decirlo, no existe otro motivo de atracción que la novedad, esto es, la conciencia de que aquella mujer está para hacer con ella "lo que se quiera", cosa que no puede ocurrir con la novia o la esposa, en virtud de los dictados represivos de la moral sexual. Manifiestan muchas mujeres que existe una gran mayoría de hombres que, venciendo una repugnancia puramente fisiológica, practican el acto anormal sin entusiasmo, sólo por el deseo de "saber qué es eso". Estos no pasan del primer intento, pero, entiéndase bien, siempre que su *partenaire* sea capaz de fingir lo contrario de lo que siente con las excitaciones de esa caricia; de otra forma, la perversión habrá sumado a su causa un partidario más.

Hay que distinguir entre los que adoptan este método voluntariamente y los que se someten a él obedeciendo a excitaciones externas. De todas formas, siempre es la actitud de la mujer lo que determina el desarrollo de la perversión, en lo que concurren una serie de circunstancias psicológicas de variada índole. No es preciso que el hombre sea previamente excitado para iniciar su actitud equívoca, sino que, por el contrario, necesita realizar determinadas caricias para lograr el máximo de excitación, no sólo en lo que a él afecta, sino en la parte que se refiere a la actitud de la mujer.

Admitiendo el elemento instintivo en el amor, o, mejor dicho, en la demanda de la voluptuosidad, ya que el deleite es una cosa y

la procreación otra, la actitud del macho tiende siempre a excitar a la hembra, aunque sea de una manera inconsciente. El mecanismo de la predisposición psíquica acciona tanto en virtud de las propias sensaciones como a consecuencia de las que la mujer muestra, lo cual, al traducirse por un deseo de ser gozada, causa en el hombre un aumento natural de excitación por simpatía, por contagio o por emulación. La excitación que experimenta el macho ante la actitud favorable de la hembra es el resultado de su consciencia de que él es quien ha producido ese estado; este sentimiento de orgullo, dicho con propiedad, es el móvil primordial de la impulsión masculina precisamente por la mayor potencialidad de sus sentimiento sexuales.

Si la repugnancia física que pueden inspirar ciertas caricias perversas fuese mayor que el impulso sexual, aquel hombre que se sometiese a esa supuesta condición esencial, jamás legaría en sus caricias más íntimas a esas zonas inmediatas, a los centros excretores que producen asco en circunstancias en que no median ni el amor ni el deseo. Pero esto, como vemos, no es más que una hipótesis, aunque no cabe duda que las influencias de la educación y de los prejuicios son suficientes en muchos individuos para motivar repugnancias invencibles hacia la realización de determinadas caricias.

Ahora bien: si admitimos, puesto que es necesario, que la verdadera escuela de las perversiones sexuales está en la esfera de la prostitución, del amor brutal o amor salvaje; del amor "artificial", dicho más propiamente, el hombre que por primera vez se acerca a una prostituta trata de satisfacerse a sí mismo, pero no puede prescindir de su orgullo de macho traducido en el deseo de "rendir" al instrumento que elije para su placer. En este trance hay que tener en cuenta que no hay una sola prostituta incapaz de diferenciar a un hombre "corrido" de un "virgo" o "mascota", como se dice en el *argot* de estos medios.

Desde el plano de análisis de la psicología sexual, la "virginidad" del hombre representa para la prostituta un tesoro de estímulos psíquicos de tanta importancia como los que la virgen auténtica brinda al libertino himenólata; es el contraste rígido entre la inocencia y el libertinaje; los dos polos opuestos que en estas condiciones producen la chispa que origina la perversión.

Las primeras impresiones o emociones sexuales que tanto contribuyen en la determinación del camino porque el individuo haya de discurrir durante el resto de su vida, pueden percibirse en condiciones muy distintas, según hemos dicho en uno de los capítulos anteriores. Si un homosexual surge del acto erótico practicado con otro individuo del mismo sexo, así las perversiones se inician en la primera

emoción perversa experimentada, aunque haya tenido lugar en contactos o prácticas heterosexuales, esto es, entre personas de diferente sexo.

Un jovencito de catorce años practicó el coito por vez primera con una mujer que tenía ligas adornadas con flores; en adelante, después de haber mantenido relaciones normales durante algún tiempo con la misma mujer, cuando se separó de ella y recurrió a otra, no le fué posible lograr la erección siquiera, y sin que le fuese posible explicarse las causas. Tenía dieciséis años cuando le sucedió esto, y, sinceramente, no atribuyó al fenómeno gran importancia, creyendo que la causa esencial estaba en que en realidad se había enamorado de su antigua iniciadora. Un día que acompañó a una hermana a un comercio de mercería, al ver a una señora que estaba comprando ligas parecidas a las que usó su amante, se excitó de tal forma que sufrió un vahido.

Entonces comprendió que aquellas ligas desempeñaban en su sexualidad un papel importantísimo, y, al efecto, adquirió unas iguales o muy parecidas, que regaló a una prostituta. A partir de aquel día obtuvo la convicción de que no podría realizar el acto normal a no ser con una mujer que se sujetase las medias con unas ligas parecidas. Cinco años más, hasta los veintiuno, estuvo regalando ligas a casi todas las prostitutas de la ciudad, hasta el punto de que no se le conocía por otro nombre más que por "el de las ligas". Contrajo matrimonio con una señorita de la que se hallaba profundamente enamorado, y la perversión terminó por desaparecer gracias a la intervención de un médico y a la inteligente cooperación de su esposa, a la que dicho doctor puso en antecedentes de lo que ocurría.

Hay impulso sexual sin amor lo mismo que hay amor sin impulso sexual. Ninguno de estos aspectos pueden ser considerados como normales desde el punto de vista de una técnica regular. La civilización ha logrado modificar la violencia primitiva del instinto, imponiendo normas, usos, costumbres y prejuicios que van desde la impotencia nerviosa hasta la *reglamentación* de los transportes sexuales, máxima libertad que se permiten los devotos de las teorías de la sexualidad para la procreación.

La castidad o la abstinencia llevada hasta esos límites extraños que sólo consienten el coito sin pecado, por ejemplo, el segundo y último jueves de cada mes, es una perversión frecuentísima entre los católicos auténticos, esto es, los que se someten con el cuerpo y el alma a las prescripciones ascéticas, desoyendo por completo las llamadas naturales del instinto.

Cuando el amor es normal y el impulso es todo lo enérgico que

debemos admitir especialmente entre las personas jóvenes, una buena educación—entendiendo por tal el acatamiento de las prohibiciones tradicionales—no es obstáculo para que se manifieste ese elemento perverso que todos los mortales llevamos en la sexualidad. La verdadera inteligencia está en saber distinguir los medios de los fines, para que aquéllos no se traduzcan en éstos, es decir, en procurar que ese elemento natural no rebase los límites normales para entrar de lleno en los de la anomalía.

Pero sucede también que el amor, el amor de por sí, puede ser una anomalía. El Dr. Campoy Ibáñez en su admirable libro *El amor y la Patología*, en la definición que hace del enfermo de amor desde el punto de vista de la psicopatía, escribe:

“... podemos afirmar—desde un punto de vista puramente científico—que el amor es agente causal de alteraciones psíquicas profundas, y que el enamorado es un sér que presenta una constitución mental que le incluye en el grupo de los enfermos anormales puros. Porque sus aptitudes gozan de una fisiología, acaso, en ocasiones, desviada episódicamente; pero sus actitudes se estructuran en anormalidades funcionales evidentes y claras.

”Y en consecuencia de ello, tanto por su fisonomía como por las características del contenido anímico, el hombre afecto—ya podemos decir que enfermo—de un proceso de amor es incluíble en el tipo que forman los anormales puros.

”Es, por tanto, el amor una entidad morbosa, psicopática. Y el enfermo de amor, un enfermo mental que no ha llegado, en el proceso de su desorganización, a la catástrofe definitiva y última del loco, pero cuya fisiología píquica funcional se derrumbó en la zona de todas sus actitudes: emocionales, ética, de contacto social y de apetencia, como si en el paisaje de su alma hubiese entrado en erupción un volcán, cuya lava, respetando el alto caminar de las nubes—a las que sólo en ocasiones y débilmente altera—apagase toda la normal expresión de la vida en sus márgenes. Pero no para hacerla morir definitivamente, sino para sustituirla por otra más brillante; porque siendo el amor más fuerte que la muerte, la muerte misma, en el amor, es vida.”

Pues bien: si el amor de por sí ya es un estado anómalo, no cabe duda que el enamorado está más expuesto a incurrir en la perversión que el individuo que solamente se mueve a impulsos del instinto. ¿Qué diferencia podemos establecer entre uno y otro? Muy sencillo: el enamorado actúa tanto con el organismo psíquico como con el físico, siendo su tendencia preferente “demostrar su amor”, lo que se manifiesta por medio del desprecio a todos los convencionalismos arti-

ficiales y a todos los prejuicios naturales o fisiológicos. Esa repugnancia que, por ejemplo, inspiran al hombre que no está enamorado los centros excretorios de la mujer, en el enamorado representan tanto como la saturación de su amor, que no encuentra trabas ni obstáculos para desenvolverse ni en lo que puede estimarse como más repugnante y despreciable del sér físico del sexo opuesto. Nos encontramos, pues, de nuevo con el fetichismo de los órganos primarios y con un elemento escatológico de base normal, ya que todo cuanto proviene del sér adorado es digno de adoración.

La atracción que el no enamorado, esto es, el instintivo, siente por esos mismos centros, ya no está determinada por el elemento espiritual, por el amor, sino por el instinto por una parte, y la imaginación por otra, todo lo cual se traduce en la suma de un impulso violento más o menos irresistible. En virtud de esos prejuicios que hemos aludido, el enamorado no experimentará jamás una reacción de su conciencia por el acto anormal que ha realizado, puesto que lo considera anormal y justificado por el amor; en cambio, el instintivo, por lo general, nunca repite con aquella mujer, a la que no le une ningún afecto espiritual, las perversiones que cometió, según él, “en un momento de locura”. No obstante, en el momento en que el factor espiritual llega a significarse, el terreno “se abona” para que sigan produciéndose los mismos resultados.

Para el enamorado la perversión es un método normal de satisfacción, en tanto que para el indiferente la perversión toma en su ánimo una forma anómala, de donde se deduce la siguiente pregunta: “¿Quién es el pervertido?” En principio parece difícil dar una respuesta categórica; pero a poco que meditemos se llegará a la conclusión de que la actitud del enamorado está justificada por una atracción completa desde todos los puntos de vista, psíquicos y físicos, mientras que en el indiferente falta el elemento esencial normal que es el amor, en cuyo nombre, como se sabe, pueden cometerse toda clase de locuras: el que no tiene derecho a realizarlas es aquel que no está dotado de los imprescindibles recursos afectivos puros. El enamorado, entonces, según la clínica, es un pervertido y el indiferente un perverso o un vicioso. Mas si admitimos la ingerencia de la civilización, o, mejor dicho, del criterio de la moral sexual, es preciso establecer una analogía que explica una gran parte de la razón de estas interpretaciones personales acerca de lo pervertido y lo perverso o vicioso en la práctica sexual, comparación única y bien sencilla que nos pone “en la pista” de la comprobación; el acto sexual es lícito en el matrimonio y condenable fuera de él: las perversiones son “normales” con el amor, y “anormales” sin ese factor.

Claro es que en el caso del matrimonio, el hecho es simplemente social, mientras que en lo que a las desviaciones del impulso afecta, aunque no falta tampoco un principio social, no es posible negar la existencia de una poderosa razón de firme base psicológica.

En el desarrollo de las perversiones y perversidades sexuales, como hemos visto, desempeña un papel importantísimo la intensidad del instinto, factor muy variable subordinado a la facilidad con que los individuos se dejan influir; pero el hecho indiscutible está en que más pronto o más temprano se presentan esas desviaciones, bien de una manera temporal o en forma persistente e inevitable, o, a lo sumo, como un simple extravío de la ruta normal.

Hemos dicho "extravío" intencionadamente, porque en realidad ésta es la base de la perversión, la cual llega a adquirir la forma de un hábito a causa de la repetición frecuente del extravío. Por eso dice un tratadista de gran autoridad en la materia: "No puede caber duda de que el hombre normal se puede acostumar a los diferentes extravíos sexuales de tal modo que éstos se convierten en perversiones que se presentarán lo mismo en el hombre sano que en el enfermizo."

Ya hemos hablado en otro volumen de la necesidad antropológica de variación sexual, que es una de las razones de la poligamia masculina. Pero es que esa variación no sólo se refiere a la demanda de nuevas mujeres por el deseo de experimentar con ellas sensaciones nuevas, sino que abarca también al cambio de métodos que pueden ensayarse con una sola mujer después de haber practicado los contactos que debemos estimar como normales desde el punto de vista de la cópula clásica. La primera desviación, la más elemental, se inicia por el deseo de recurrir a la imaginación en demanda de nuevas posturas. Agotado el programa se pasa a las caricias de distinta índole "en vía de ensayo", pero ya fuera del terreno de la normalidad; poco a poco se van introduciendo nuevos aspectos, siempre nuevos, al menos para la mujer, hasta que se termina por precipitarse en la perversión franca.

Si se cree que es el hombre el responsable de todas las perversiones sexuales será necesario afirmar que ello no deja de ser un error por no decir que una injusticia. Si todos los pervertidos normales, es decir, los que no han optado espontáneamente por los caminos equívocos quisieran decir la verdad acerca del primer acto pervertido que cometieron en su vida sexual, veríamos que siempre o casi siempre, la iniciativa había partido de la mujer, especialmente si fué iniciado por una prostituta, seguramente en un acto recíproco.

En la vida conyugal, esto es, en la sexualidad organizada, es cierto que el hombre es el único responsable de la iniciación de su

esposa o de su amante, lo que ocurre tan pronto como se vencen los escrúpulos naturales de la mujer, que rara vez tienen una base instintiva, sino que más bien son producidos por el pensamiento de que esos extravíos son cosa de "esas mujeres". Si llegan a negarse a las sollicitaciones del esposo esgrimiendo ese simple argumento en tanto que no den pruebas de una franca indignación, puede asegurarse que las resistencias están completamente vencidas, ya que no hay una sola mujer honesta que durante un momento o una época determinada de su vida no haya envidiado a "esas mujeres". "¿Qué tendrán que tanto atraen a los hombres?" Esta pregunta que se hacen todas, invariablemente, equivale a la demostración absoluta de su curiosidad; y no es por curiosidad por lo que "caen" el noventa y nueve por ciento de las mujeres?...

Así, en las perversiones, la curiosidad justifica el primer paso, el segundo lo determina el vicio y el tercero ya es cosa del hábito. Es cierto, pero sin lugar a dudas, que la mujer que adquiere estas costumbres no las abandona sino al cabo de mucho tiempo: la preferencia es siempre por aquella modalidad que la resulta más agradable, menos incómoda y menos expuesta. Schrank, en su libro *La prostitución en Viena*, habla de una prostituta que, como maestra en toda clase de perversidades, disfrutaba de "un renombre europeo" y era conocida por "la virgen eterna", porque concedía a los hombres toda clase de goces menos uno: el del coito natural, por temor a quedar embarazada. Otra, muy conocida en cierto ambiente madrileño, dice que prefiere absolutamente todo menos aquello que comunmente obliga a recurrir inmediatamente a la higiene más íntima.

El temor del embarazo es una de las causas principales del desarrollo de las perversiones sexuales en la mujer. En su verdadera obsesión hay muchas que llegan a permanecer absolutamente insensibles a todas las excitaciones intentadas por las vías naturales, desconfiando en absoluto de la eficacia de los contra-conceptivos. Prefieren la intromisión anal adoptando la postura clásica del contacto normal que mediante determinados artificios permite una excitación directa del órgano clitoridiano.

Este es el método más usado por las prostitutas italianas, entre las que no es difícil encontrarse mujeres que conservan el himen intacto a pesar de estar dedicadas a este comercio durante muchos años. Otro tanto sucede con las jóvenes alemanas, pero no ya por temor al embarazo, sino porque consideran que el reducto natural está reservado solamente al novio o al marido. Una muchacha de Hamburgo aseguraba que jamás había podido experimentar placer con ningún hombre que no fuese su amante, a no ser por medio de

cualquier método anormal, y, en cambio, el único medio de satisfacción con su novio, consistía en la práctica natural.

En las mujeres de escasa capacidad erótica, pero fácilmente excitables y de temperamento nervioso muy sensible, la caricia más elemental puede dar lugar al orgasmo completo sin necesidad de más procedimientos. Estas neurópatas casi normales, grandes imaginativas, puede decirse que no disponen de una zona erógena más destacada que los pechos, o, por mejor decir, los pezones. Son verdaderos casos de anestesia sexual parcial, o de hiperextesia local, como queramos decirlo.

En las grandes histéricas completamente frías e indiferentes a todo cuanto signifique amor o contacto normal, un simple roce en los puntos histerógenos de la superficie del cuerpo, provoca la crisis o el acceso convulsivo. Estos tipos representativos de la sexualidad femenina anormal buscan las aglomeraciones para la satisfacción de su elemental erotismo, sin perjuicio de organizar el primer escándalo tan pronto como un hombre cualquiera se atreve a tocarla el pelo de la ropa de una manera intencionada.

En el matrimonio, al que llegan por un sin fin de razones completamente ajenas a la causa fundamental que debe determinar la unión, la insensibilidad de los centros normales suele ser absoluta, mientras que todo ese defecto resulta un exceso en una zona cualquiera, comunmente el pezón, aunque también puede serlo el lóbulo de la oreja o el labio superior. Esos institutos de masaje que se anuncian en los periódicos, y que no son más que casas de prostitución, verdaderas escuelas de perversiones sexuales, de vicios de todas clases que tienen su clientela en muy nutridas representaciones de los dos sexos, representan una rica cantera de explotación de todas las psicopatías latentes y la fuente inagotable de infinitas iniciaciones.

La inmensa mayoría de los que acuden a tan edificantes "centros de enseñanza" por vez primera, lo hacen por curiosidad, siguen concurriendo por vicio y terminan por hacerlo por hábito.

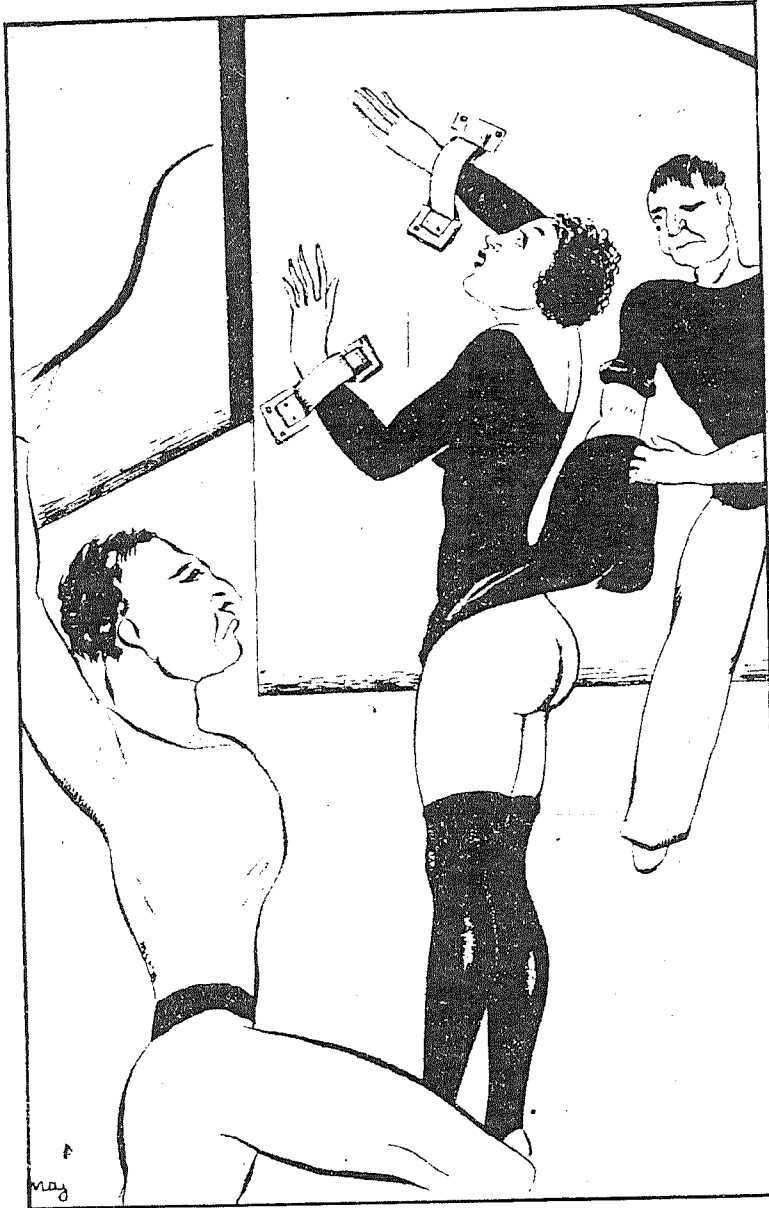
Por lo común, en una gran proporción, estas masajistas—para señoras y caballeros—no son más que vulgares prostitutas troteras de distintas nacionalidades, verdaderos *canis vulgaris* de la prostitución del burdel, sometidas a la férula de una matrona que suele estar incluida en las listas policiales de la trata de blancas.

Los refinamientos que se practican en estos "institutos" no son ni más ni menos originales que los conocidísimos por cualquier prostituta callejera. Lo único que varía es el ambiente, plagado de detalles pseudocientíficos, tales como una mesa de operaciones, un aparato de rayos ultravioleta y alguna que otra lámina atrevida que repro-



LA MIXOSCOPIA

Este dibujo de un libro que refiere los amores de la Guimard y el príncipe de Conti, revela uno de los casos «más benignos» de la mixoscopia, o sea el placer sexual de los «mirones».



EL EXHIBICIONISMO

El dibujo que reproducimos en esta lámina fué dedicado por un exhibicionista a una mujer pervertida (masoquista), mezcla de exhibicionismo psíquico y físico.

LAMINA IV

duce "operaciones" para todos los gustos. Desde luego, no hay que confundir con estos burdeles los verdaderos gabinetes o institutos de masaje y cirugía estética que empiezan a extenderse en nuestro país bajo la dirección de notabilidades médicas, cuyo título profesional por un lado, y la propaganda seria y científica por otro, advierten de sobra cual es la especialidad a que se atiende e incluso los testimonios de las personas tratadas. Pero a la sombra densa y austera de estos establecimientos científicos que actúan dentro de la ley y de la moral prestando a la Humanidad un servicio plausible, se extienden esos otros "institutos", cada vez más numerosos y más fácilmente anunciados y difundidos en las últimas planas de algunos periódicos que parecen respetables.

Aunque pudiéramos hablar en nombre los intereses de la moral, nos basta sólo con hacerlo en el de los de la sociedad y de la raza.

Como dice Wilhelm Ebstein, "un argumento que hará imposible en todos los tiempos la desaparición de los *charlatanes* es la verdad del dicho, "siempre tiene que haber tontos", que lo sintetiza brevemente".

Bloch, ocupándose de este aspecto de la sexualidad, escribe: "Como el hambre y el amor son, como se dice, los gobernantes del mundo, se ha dedicado el charlatanismo a explotar con preferencia las enfermedades relacionadas con la digestión y las afecciones sexuales, obteniendo, principalmente con éstas, pingües beneficios, lo que evidencia cuánta tontería, cuántas supersticiones y cuánta depravación hay en el mundo."

Los quiromantes, echadores de cartas, adivinos y toda esa serie de charlatanes que prodigan remedios para todo, no son más que proxenetas de la peor laya, "alcahuetes" disfrazados de personas decentes que han sabido hallar ese poso perverso de la sexualidad normal, incrementándolo, desarrollándolo, ofreciéndole excitaciones nuevas y placeres perversos infinitos. La Policía española ha logrado dar al traste con los magníficos negocios de toda esta gentuza, y la célebre Ley de Vagos recientemente promulgada viene a ser el golpe de gracia asestado en el nervio de esas verdaderas organizaciones de la perversión sistemática. Las investigaciones policíacas han dado por resultado comprobar que en muchos de esos centros "sólo se ocupan de provocaciones de abortos, de procurar relaciones ilícitas y excitaciones sexuales artificiales y hasta de proporcionar el material humano necesario para satisfacer estos perversos goces".

La publicidad en los grandes periódicos, en cuyos anuncios no siempre se facilita la dirección exacta de los establecimientos, siempre es el número del teléfono o el del apartado de Correos, la clave

discreta que sirve, hasta cierto punto, de base de selección de clientes. Y toda esta publicidad, si es que hemos de admitir la existencia de un contagio psíquico, hay que convenir en que hace más daño que la exhibición de todas las perversiones e inmoralidades susceptibles de ser imaginadas por la mentalidad psicosexual más enfermiza.

Existe la creencia, completamente falsa, de que los distritos rurales se hallan libres de estas perversiones *originales* y hasta de las prácticas perversas que se observan en las ciudades. En el verano con motivo de las faenas de la recolección, en otoño con las de la siembra y la vendimia en el invierno con motivo de las fiestas de Nochebuena y Carnaval y en primavera con cualquier pretexto, no es nada difícil advertir las distintas oscilaciones de la impulsión sexual de una manera más o menos velada.

Si la mujer de la ciudad tiene miedo al embarazo, la del pueblo experimenta verdadero terror, ya que, por lo general, un embarazo extramatrimonial significa la deshonra, el desprecio y el alejamiento de todas las personas "honradas". El médico de un pueblo castellano, buen observador y buen conocedor de las costumbres locales, semejantes a las de todos los pueblos de muchos cientos de kilómetros a la redonda, me decía en una ocasión que los jóvenes que regresaban todos los años de cumplir el servicio militar, eran los importadores de todas las perversiones "fáciles de adoptar, porque no implicaban el menor riesgo conceptivo". No siendo la homosexualidad masculina—puesto que de la femenina conocía muchos casos—, todas las desviaciones del impulso eran conocidas y practicadas por la mayor parte de los jóvenes de ambos sexos. Así pues, el instinto sexual como pura función física no constituye un término de comparación ni un signo de diferenciación entre el hombre primitivo y el civilizado; no cabe duda de que "los pensamientos elementales" de la Humanidad son en todas partes los mismos, existiendo más o menos latentes, pero pronto a manifestarse en virtud de un estímulo o a consecuencia del afán simiesco de imitación que hemos heredado de nuestros antecesores antropoides.

Un escritor alemán decía hace años lo siguiente: "Generalmente se cree que en el campo existe mucha más moralidad que en las ciudades; pero esta creencia es errónea. Lupanares y busconas no puede haber en los pueblos, y, sin embargo, son casi todas las campesinas unas busconas disimuladas. Es increíble la deshonestidad que reina en los pueblos, sobre todo en las granjas, entre el personal masculino y femenino. Todo granero, toda era, todo montón de heno y todo rincón del bosque son testigos de ella, y los dueños, los arrendatarios y guardabosques son los primeros que no se recatan en dar el mal

ejemplo. El verano, principalmente, es muy perjudicial para la moral porque hay días en los que individuos de ambos sexos y medio desnudos trabajan juntos en las labores del campo, y a veces en sitios muy alejados del poblado, y hasta tienen que dormir agrupados."

Si de Europa pasamos a América del Sur, el panorama se ofrece con caracteres mucho más acentuados. No hay una estancia, un rancho o una granja donde la sexualidad no se presente en la forma primitiva de la promiscuidad. En algunas estancias de ciertos países sudamericanos, en las que trabajan grandes colectividades de ambos sexos, la moral teórica impone que hombres y mujeres duerman separados en galpones distintos, pero la interpretación práctica de esa moralidad consiste en que los hombres visiten a las mujeres en sus alojamientos, sin que ellas opongan la menor resistencia a estas visitas.

El erotismo pervertido ofrece aspectos diferentes en cada país. Así en Francia, las depravaciones adoptan la formas más refinadas y elegantes. Los pueblos eslavos son partidarios del elementos escatológico en el amor, y entre estas gentes es donde se encuentran las perversiones más repugnantes y antiestéticas. Los ingleses optan por las prácticas sádicas, especialmente la flagelación. Los alemanes prefieren la homosexualidad, lo mismo que los italianos y griegos, y, muy especialmente las mujeres. Una notable pintora griega establecida en París, se ha hecho célebre entre el público que frecuenta las librerías del género erótico por sus dibujos y composiciones acerca del tema del amor lésbico. (Lámina I.)

En Iberia—y conste que no lo decimos para hacernos un favor—, la inmensa mayoría de las gentes prefieren el amor clásico, a excepción de lo que se observa en las grandes ciudades casi cosmopolitas, donde las cifras de la homosexualidad profesional son bastantes más respetables de lo que parece. Las perversiones más extendidas en España son: el amor romántico, los celos y el crimen titulado pasional, modalidades de un primitivismo encantador que son casi desconocidas más allá de nuestras fronteras, pero que no se borrarán fácilmente de las costumbres, ya que no hay que olvidar que por nuestro torrente circulatorio corre la sangre que nos legaron remotos antepasados y que aún no ha podido refinarse, pese a la acción constante de la supercivilización, empeñada en disociar los elementos espirituales y prácticos que componen el amor psicosexual.

LAS PEQUEÑAS PERVERSIONES

Todos somos pequeños pervertidos.—La gran aberración de la castidad.—La coquetería femenina como perversión sexual normal.—Cómo se manifiesta.—Táctica de la coqueta.—Los "achares".—La coqueta poliándrica.—Su actitud erótica.—Perversiones epistolares.—El sentimiento de lo "trágico".—Los hiper-románticos.—Perversiones conyugales de la mujer.—El placer de la humillación.—El de sentirse inferior.

Si admitimos que en todo hombre existe un elemento instintivo de sexualidad pervertida, como sostienen las teorías psicoanalíticas, habrá que convenir en que incluso las grandes aberraciones del impulso sexual tienen un origen más o menos remoto, completamente normal.

Todo cuanto hemos dicho acerca de las psicosis hereditarias, de todas esas desorganizaciones y trastornos funcionales de la mentalidad y de cuanto puede contribuir a determinar el desequilibrio de las actividades correctas del organismo psicofísico, es lo que constituye el abono del campo en que se siembran, se desarrollan y fructifican con más facilidad todas las semillas de perversión que hasta el hombre más íntegro y sano lleva dentro de su ser.

Las *pequeñas perversiones* están tan extendidas en la vida sexual de la Humanidad, que si fuésemos a buscar una pareja que se comportase con arreglo a las normas estrechas de la moral o la teología—entidades encargadas de librar las patentes de honorabilidad sexual—, regresáramos desesperados ante el más rotundo fracaso.

Si queremos ahondar un poco en este aspecto, desde el punto de vista de la lógica más simple, demostraríamos que una de las perversiones sexuales más refinadas de la moral intransigente consiste en la observancia de las reglas de abstinencia y castidad. La castidad absoluta, ya tratada ampliamente, es una perversión que busca los placeres más intensos y las excitaciones más fuertes; aquellos santos varones que vivían con muchachas vírgenes bajo el mismo techo y en el mismo lecho con el fin de retar al demonio de la carne, de pro-

vocarle y darse "el placer de vencerle", no sólo eran unos miserables perversos, sino que además eran perversos.

En efecto, según cuentan los apologistas de aquellos insensatos, tan vírgenes salían las muchachas como habían entrado. Un obispo se hacía rodear de prostitutas bellas y perfumadas, las más célebres de la ciudad, a las que obligaba a acariciarle, recurriendo a todo género de excitaciones. Ahora bien, aquel hombre de gran voluntad—según dicen—resistía las tentaciones con las armas de su fe acendrada, no sucumbiendo nunca a los encantos y caricias de aquellas impúdicas mujeres, maestras en el arte de hacer perder la ecuanimidad a los castos.

Este obispo que así se entendía con las prostitutas, sería un perverso, pero no un perverso; el hombre, conocedor del mundo, tenía que comprender que las mujeres que había elegido para probarse, hartas de bregar en su profesión, no pasarían de ser unas actrices más o menos hábiles en aquella comedia que no tenía otro interés que el puramente material, es decir, el cobro de la cantidad estipulada, ya que las personas del clero siempre han infundido bastante respeto y hasta muchas ideas supersticiosas a esta clase de mujeres.

Pero con las vírgenes de los otros ascetas es fácil que no ocurriese lo mismo. Ellas habrían tenido momentos en los que desearan con el máximo ardor desprenderse de aquella virginidad estúpida y mortificante que servía a los santos varones de conejo de Indias o de piedra de toque de la pureza de su castidad; pero la perversidad de tan originales castos era tanta, que ni por caridad siquiera fueron capaces de revelar a las desdichadas vírgenes los misterios cuya ignorancia tanto debió de atormentarlas.

Ya sabemos que el erotismo de los perversos es esencialmente cerebral, no yendo más allá de sí mismos. Y ahora, sin necesidad de recurrir a otros ejemplos más simples, se comprenderá fácilmente que existe mayor perversidad en el hecho de excitar a una mujer sin complacerla después, que en el acto de complacerla sin haberla excitado previamente según las normas psíquicas del amor sexual.

Así pues, todo placer erótico que provenga del alma o de los sentidos y se manifieste sin la cooperación de los elementos normales, es una perversión o una perversidad; de donde se deduce que jamás ha habido mayores perversos que aquellos místicos, hombres y mujeres, que en su adoración a las figuras superiores del poder celestial llegaban al espasmo convulsivo sin otros contactos que los que espiritualmente realizaban en imaginación. De todas formas, seres humanos al fin, no podían negar que en lo profundo—o en lo epidérmico—de su ser, palpitaba esa energía instintiva que predispone siempre a

las prácticas desviadas, porque, indudablemente, es un elemento que no puede faltar nunca en la sexualidad psicofísica.

La civilización, la fe, el anhelo de un ideal, el dominio y la educación de la voluntad llevada a esos extremos admirables de sumisión, son capaces de modificar las expresiones instintivas, reduciéndolas a su mínima potencialidad. Esto se consigue sólo en lo que afecta a esas tendencias primitivas de perversión de que hablamos, si es que el instinto ha sido dominado por completo; ¿pero se puede decir que se es casto, puro y abstinente por el hecho de apartarse por completo del sexo opuesto cuando se admiten sustitutivos en la masturbación, en el autoerotismo y en esas múltiples modalidades de que nos hablan los místicos con tanta sencillez como entusiasmo?... He ahí, pues, cómo las perversiones pueden ser estimadas como expresión normal de la sexualidad, incluso por las autoridades más severas en el análisis de estas cuestiones.

Pues bien: prescindiendo de las psicosis y neurosis y demás motivos justificantes de esas tendencias anómalas, es preciso hablar en términos generales para llegar al mejor conocimiento de lo que debemos estimar como normal y lo que debe entenderse por perversión, diferencia difícilísima de establecer en la inmensa mayoría de los casos.

La coquetería de la mujer, ¿es una perversión sexual? Si sabemos que la actitud de la mujer es pasiva y que su pasividad—que es actividad—tiende a excitar al hombre, a llamarle la atención, a atraerle hacia sí en ese juego de vaivén que caracteriza su táctica, veremos que la coquetería es un hecho normal y biológico que se observa en todas las hembras del reino animal.

Las sensaciones que experimenta la coqueta "normal" (a la que hay que diferenciar de la frígida, en la que su actitud es morbosa y producto de una tara neuropática) pueden ser sencillamente voluptuosas o francamente eróticas, según su temperamento, la educación, el ambiente y el género de excitaciones que acompañen a las evoluciones del galanteo.

Para mejor ilustrar al lector, estimamos necesario exponer algunos casos nada extraños en este aspecto.

Tengamos a una muchacha educada *a la moderna*, esto es, sin que en su ánimo ejerzan una influencia primordial los arcaicos conceptos de la pureza, la castidad, etc.; una muchacha de la nueva generación, pero virgen de cuerpo como hay muchas, aunque psíquicamente, en los tiempos que corren, no pueda decirse lo mismo...

Ha empezado el galanteo un joven que es de su completo agrado en todos los órdenes de su criterio sexual psicofísico instintivo o ad-

quirido. En virtud de esa táctica femenina de que ya hemos hablado, ella se resiste cuanto puede, a veces mucho más allá de los límites prudentes, con tal de asegurarse de que su galanteador viene con "buenas intenciones". En tal encuesta, la mujer hábil jamás recurre a solicitar la opinión de una amiga o de otra persona que pudiera estar en antecedentes del pasado del pretendiente; obra con prudencia de una manera también instintiva, porque sabe que en el momento en que él pudiera enterarse de que su pretendida trataba de obtener informes, adquiriría la convicción de que había llegado a interesarla hasta ese punto.

La táctica fundamental de toda mujer que sea consciente de los fueros de su sexo, estriba en fingir una indiferencia absoluta por los movimientos y acciones de su galanteador, aunque en realidad esté vivamente interesada. Llega el momento de la declaración; ella, siempre de acuerdo con su actitud defensiva, rechaza al conquistador y, a lo sumo, le ofrece su amistad. A partir de este momento, es cuando empieza a poner en orden de batalla los recursos de la coquetería, sin dejar de observar por un momento al galán, que si realmente fué guiado de buenas intenciones, volverá a la carga en la ocasión propicia.

La manera de acelerar el desarrollo de este proceso, ya que el muchacho no puede substraerse a la idea de que ha fracasado, consiste en solicitarle unas veces y en rechazarle otras. En las primeras, él concibe la ilusión de que al fin conseguirá sus propósitos; en las segundas, ve que las atenciones que antes le dedicó son ahora para otro amigo cualquiera, al que parece excitar con sus palabras y sonrisas prometedoras, y entonces todas las ilusiones de hace unos momentos se derrumban con estrépito en su alma en la eclosión de un desaliento irremediable. Esto es lo que en nuestro castizo idioma se llama "dar achares", procedimiento que el hombre interpreta muy rara vez en su justa medida y del que la mujer abusa cuanto más interesado ve al galán en la conquista.

En esta actitud de la enamorada existe un elemento sádico innegable: ella se siente bañada en una ola de tenue voluptuosidad que brota del sufrimiento que consume al mozo, el cual, una vez conseguido el "sí", puede asegurar que ha triunfado en toda la regla, si este triunfo lo cifra en la conquista. Las mujeres que más se resisten a aceptar a un hombre, son las que más energías ponen en juego para retenerle.

A continuación, tan pronto él se persuade de que la presa es segura, obedeciendo a esas misteriosas leyes biológicas que presiden la función de los sexos bien orientados, se complace en devolver los

"achares" que recibió en otra ocasión. En esta altura, puede decirse de una manera gráfica, que la mujer "pierde los estribos"; entonces es cuando se muestra en toda la debilidad de su sexo. Esta debilidad es el contraste de la fuerza del macho, a quien ahora corresponde gozarse en el padecimiento de su amada, que no se explica el porqué de esa crueldad. Pero lo cierto es que lo mismo el uno que el otro necesitan de estas pequeñas perversidades para afianzar su amor, obrando de una manera puramente instintiva, sin cálculo, sin un método, impulsados sólo por ese elemento de perversión que nace y muere con el género humano.

La coqueta más peligrosa dentro de lo normal, es decir, aparte de la neurótica, es aquella que hace prolongar el galanteo durante tiempo indefinido, pero en forma tal, que lo único que niega es la sumisión por medio del "sí", mientras se presta a todas las excen-tricidades imaginables. Esta es la semivirgen de temperamento políandrico que se casa muy tarde o permanece soltera, aunque raramente virgen, toda su vida.

Con los disfraces de la amistad, suele distinguir a tres o cuatro amigos, que constituyen un círculo hermético de adoradores. Puede llegar un momento en que los cuatro le han hablado de amor; ama a los cuatro y a los cuatro se niega "oficialmente", si bien acepta a uno por uno en el flirt más atrevido, pero sin llegar jamás a lo íntimo. Se complace en excitar a su adorador todo lo posible, lo que no titubea en comprobar por medio de toques hábiles y discretos. Esta excitación llega a contagiarla de tal manera, que no tarda en experimentar el orgasmo en un gesto inconfundible: el malestar repentino fingido, en un dolor de cabeza, un vahido e incluso un acceso histérico, suponen la comprobación de que el orgasmo ha tenido efecto. Estas mujeres son tan... eso, que jamás se entregan por completo.

Su conducta, indudablemente, no puede ser más perversa. Donde más se advierten estas inclinaciones equívocas de la mujer es en el baile. Por lo general, sin experimentar el más mínimo desco francamente sexual, se complacen en ceñirse, adoptando las posturas más lúbricas. Cuando creen que nadie las observa, conducen a su pareja hacia los sitios más solitarios del salón, con el fin de llevar hasta el último extremo su táctica perversa. Una mujer, por muy inocente que parezca, sabe de sobra los efectos que en un hombre produce su actitud, sin equivocarse nunca. Y en el instante en que parece que va a ocurrir lo inevitable, al compás de la danza lleva al bailarín al centro de la pista de baile, donde le ruega que la perdona por no poder seguir bailando... Pero ella seguirá tan tranquila como si nada hubiera ocurrido.

Todas estas modalidades de la coquetería revelan la existencia de un elemento pervertido y perverso, de intensidad variable y de formas diversas, que raramente falta en una mujer, especialmente en la época del galanteo. Si este factor no existiera, la conquista dejaría de tener interés, puesto que la actitud de la mujer se dirige directamente hacia la sexualidad del hombre, en muchos casos sin apercibirse siquiera, ya que su actividad resulta ser más bien instintiva que obediente a un cálculo o subordinada a un método.

El erotismo que satisfacen, es, por lo común, solamente cerebral o imaginativo; no obstante, existe una gran proporción que no pudiendo resistir la violencia del impulso recurren a las prácticas masturbadoras solitarias o recíprocas, o sea a las modalidades avanzadas del flirt, como ya dijimos en uno de los primeros volúmenes de esta colección.

La coquetería, no cabe duda, es una fase normal de indiscutible base biológica. Una coqueta puede llegar a los extremos más perversos sin someterse a otras disciplinas que las fundamentalmente biológicas ni comprender muchas veces las razones de esa crueldad que la reprocha su galanteador, y que en individuos nerviosos provoca las reacciones más violentas.

El "castigador", de que va hemos hablado, es el equivalente masculino de la coqueta, pero sólo de una manera muy relativa, ya que su mentalidad es diferente. El castigador es un pequeño sádico que con sus gestos y su conducta pretende infringir un sufrimiento moral a las mujeres que estima sugestionada por él. Es un erótico cerebral inmovible. El difunto Rodolfo Valentino fué un tipo de esta naturaleza, según refieren las personas que le trataron íntimamente.

No obstante, estos hombres se enamoran como todos los mortales. La perversión más frecuente en ellos es la que pudiéramos llamar epistolar. Por lo general, después de separarse de la amada, que quedó feliz y tranquila en espera de la próxima entrevista, es cuando la perversión les induce a redactar una carta concebida en términos patéticos, en la que habla de inquietudes, dudas, celos y desilusiones. Estas cartas suelen ser verdaderas joyas líricas, bellos poemas en prosa sentimental y desesperada.

Esta actitud extraña no está justificada por ningún hecho real: todo es puramente imaginativo. Naturalmente, el contraste que se establece entre la alegría de la última entrevista y el contenido de tan inesperada misiva es tan rudo y violento, que la enamorada, incapaz de reflexionar, se anega en el llanto sincero de un dolor irremediable. En este sufrimiento, que el amante no presencia, pero que sí presume, está toda la voluptuosidad verdaderamente cruel que expe-

rimenta. Mide los minutos y los segundos que el recadero va a invertir en llevar la misiva a su destino—estas cartas jamás se envían por correo—, y calcula el instante preciso en que la infortunada rasga el sobre, lee la misiva y se recluye en su habitación hecha un mar de lágrimas.

Este *truco*, verdaderamente estúpido, pero producto de ese poso de perversión que acompaña al amor, no puede repetirse muchas veces porque acaba por desacreditarse. La mujer no lo emplea jamás, como no sea en justa correspondencia. En cierta ocasión, una muchacha allegada mía recibió de su novio, un buen chico, enamorado, inteligente y serio, una carta concebida en esos términos desesperados. La joven, poco ducha en estas cuestiones, fué a su madre en busca de consuelo y en demanda de un consejo, el cual era todo lo inteligente que debe ser en estos casos: que dejara al tiempo correr.

¿Pero quién va con recomendaciones de esta naturaleza a una chiquilla de dieciocho años que no ha visto en la vida más que por los ojos de su primer novio? En efecto, escribió una carta de súplica, llena de lágrimas y de reproches, rogándole que volviese, que no la hiciera sufrir, que sería capaz de "hacer una barbaridad"—la mayor barbaridad la cometía al escribir una carta en este sentido—, etc. Inmediatamente ordenó a una sirvienta que fuese a llevar la contestación; pero yo, valido de mi confianza, dije a la criada que me esperase en la calle sin llevar la misiva a su destino. Entonces, tomando una hoja de papel y un sobre de la enamorada, imitando su letra como pude, escribí: "Me parece muy bien tu determinación de acabar nuestras relaciones; todo ha terminado entre nosotros. Con verdadera satisfacción, se despide de ti *Fulanita*."

Salí a la calle, entregué la carta a la doméstica y me dió la que había escrito su señorita. Y el efecto fué fulminante: una hora después, el galán paseaba frente al balcón con el nerviosismo de una fiera recién enjaulada. Inmediatamente que le vi se lo dije a la enamorada, pero poniéndola en antecedentes de todo lo que yo había hecho con la complicidad de la doméstica. En pocas palabras, la di unas lecciones elementales de psicología amorosa, mientras el galán seguía pisoteando el acerado.

—Pero si yo le quiero con toda mi alma—decía.

—Y él a ti, chiquilla; si no te quisiera, no hubiera cometido la majadería de escribirte esa carta.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Seguir la comedia hasta el final. Lo primero, asomarte al balcón, y si te pide que bajes, le contestas, sencillamente, que no te da la gana; cierras, te retiras, y nada más. Verás cuánto tardas en reci-

cibir una carta de él, en la que te suplicará en todos los tonos, y de esta forma experimentarás el placer en que se resuelven las más deliciosas penas del amor.

Todo salió como si yo lo hubiese dictado; estoy seguro que el paseo de aquella tarde fué uno de los más felices que dieron los ingenuos enamorados en toda su vida.

El sentimiento de lo *trágico* es un factor que acompaña siempre al amor sincero; es un sadismo moral que es necesario aislar del sadismo físico, el cual se manifiesta gemelo al predominio de lo específicamente sexual sobre el sentimiento psíquico. Esta pequeña perversión que consiste en verlo "todo negro" se acusa especialmente en forma de crisis después de haber experimentado las más dulces emociones. Desde luego, tal estado emocional es más frecuente en el amor psíquico exclusivamente que en aquél en que ya se ha llegado a la comunión carnal.

En la predisposición para lo "trágico" de dos enamorados interviene en gran parte el temperamento y las condiciones en que la intimidad se desarrolle. A veces se complacen en acariciar proyectos y alimentar ilusiones con la única intención ulterior de destruir unos y otras entre reproches y lágrimas de ella y gestos patéticos del enamorado. Ninguno de los dos tiene la serenidad suficiente para razonar acerca de las causas biológicas de este estado, a todas luces anómalo, que no tiene justificación; es sólo el "placer de sufrir", hecho psicofisiológico natural, que equivale a la descarga de un fluido que sólo puede eliminarse más normalmente por medio del amor sexual completo.

En virtud de la mayor energía del impulso sexual del hombre, éste es quien por lo general toma la iniciativa en esas actitudes sádico-masoquistas, puesto que participan de las dos modalidades, esto es, el placer que se experimenta haciendo sufrir y el que a la vez se siente sufriendo. La mujer percibe las mismas sensaciones, tanto en virtud de su mayor sensibilidad emotiva, como a causa de la simpatía natural de los reflejos.

La finalidad, mejor dicho, la resolución de estos conflictos sentimentales, es francamente erótica en personas de temperamento fuerte. Después de estas emociones, cualquier contacto un poco atrevido—sin llegar al de las zonas específicamente genitales—, un beso por ejemplo, la convulsión sexual se presenta en una tumescencia rápida y en una detumescencia inmediata; la descarga nerviosa se ha realizado, y los ánimos vuelven a tranquilizarse de forma que la vida se ofrece de nuevo alegre y jocunda..., hasta que la acumulación de esas energías llegue a un estado de imposible o difícil contención.

Esta perversión *inocente* es propia de los castos, de los abstinentes, de los que se someten por entero a las prescripciones rígidas de la moral sexual. Hay casos de muchos enamorados idealistas que llegan al matrimonio sin ceder un ápice en sus sentimientos "hiperrománticos", valga la frase. La idea de la desfloración, de la posesión carnal, de lo "sucio", de lo "materialista" y de lo "pecaminoso" rige todos los actos de su existencia conyugal. Naturalmente, el erotismo normal es inmediatamente reemplazado por el erotismo cerebral, y así surgen las querellas y diferencias más absurdas, pues, por ejemplo, ambos amantes sostienen que es de día cuando luce el sol, sin llegar a ponerse de acuerdo. Por último, sucede lo que ya hemos dicho: que cualquier roce o caricia no es más que la chispa que provoca el incendio. La deformación de los sentimientos llega hasta el punto de que ninguno de los dos enamorados se atreve a confesar que aquel deleite que ha dado lugar a la emisión de ciertas secreciones no ha sido sólo espiritual.

Esta actitud conyugal, dicho sea en justicia, no puede achacarse si no muy rara vez a la responsabilidad del hombre; como en el caso de los amantes de Auvernia, ya citado en otro volumen, es la mujer la que exige estas extrañas pruebas de cariño de ser respetada más allá de la intimidad conyugal. Pudiera creerse que la causalidad de estas perversiones estuviese en la frigidez femenina; pero lo cierto es que, por lo general, la frigidez no existe más que en esa forma completamente desviada del impulso sexual. "Con que me acaricies sólo—suele decirle a él—, tengo bastante." En efecto, no miente: tiene bastante, pero no sólo para satisfacción de sus necesidades sentimentales, sino que también para las indudablemente eróticas.

En estos casos, más frecuentes de lo que se cree, nada tiene de particular que la supuesta virgen haya practicado la masturbación durante casi toda su existencia pre y postpuber, de paso que procuraba someterse por entero a las prescripciones teológicas y de la moral sexual.

A fuerza de voluntad, de temor al pecado y a los castigos correspondientes, nada tiene de particular que se produzca un estado de anestesia localizada en las zonas genitales vulvo-vaginales, para desarrollarse con más intensidad la sensibilidad de otros terminales nerviosos de diferentes zonas erógenas. Lo mismo que la pérdida de un sentido da lugar a que se desarrolle la capacidad de otro—los ciegos, por lo general, experimentan un aumento notabilísimo de la sensibilidad táctil—, así la mujer sexualmente ciega adquiere facultades de excitación verdaderamente asombrosas en una parte cualquiera de la

piel, generalmente en los pechos, los pezones, el lóbulo de las orejas, el orificio auricular, etc.

En estas condiciones, huelga decir que las sensaciones voluptuosas se encuentran desplazadas de sus centros naturales; hay muchas mujeres que para experimentar el deleite sexual, no necesitan más que acariciarse los pechos o ejercer presiones más o menos fuertes sobre los pezones. Tal sensibilidad aumenta cuando esas caricias las practica otra persona, que lo mismo puede ser una mujer, si sus tendencias son homosexuales, como si es un hombre, cuya atracción puede persistir independientemente de los estragos que una educación equívoca pueda haber producido en su orientación sexual.

Naturalmente, aunque algunos tratadistas pretenden demostrar que esta anomalía afecta a la mujer—o al matrimonio—durante mucho tiempo, cuando la perversión ha sido producida por esos factores completamente artificiales y externos, puede asegurarse que acaba tan pronto como el marido o el amante se proponen hacer efectivos sus derechos conyugales. Todo depende de la voluntad y la constancia puesta en juego para vencer esas resistencias escasamente cimentadas en el ánimo de la esposa. Claro es que si se trata de una pervertida por la masturbación o la homosexualidad, ya es más difícil hacerla tomar el camino recto. Por lo general, cuando no concurre esta grave circunstancia, lo único que hay que eliminar es el sentimiento moral restrictivo e incluso el temor infundado de los sufrimientos que acompañan a la desfloración, causa muchas veces de esta resistencia, no sólo al coito normal, sino incluso a la masturbación vaginal.

Hasta que no se ha logrado el triunfo completo, la mujer sigue aherrrojada por los prejuicios primitivos de que todo contacto carnal directo es pecaminoso y reprobable. Ahora bien, como quiera que el impulso es más fuerte que todos los convencionalismos y el ambiente conyugal tiene que estar necesariamente lleno de excitaciones, aunque éstas no sean necesarias en tales formas del autoerotismo femenino, la parte erótica se manifiesta, a pesar de todo, aunque no sea por medio de los procedimientos naturales. En este caso, cuando le dice al marido que con sus caricias tiene bastante, quiere decir que los besos en ciertas zonas de su cuerpo—que ella demandará *sin* pedirlo con palabras—, la dejan completamente satisfecha. La excitabilidad, seguramente, será más lenta que por medio de los roces normales; pero, en cambio, la convulsión resulta también más intensa y la descarga nerviosa más definitiva.

La actitud que observan estas pseudo frías es completamente pasiva: no mueven un solo músculo externo de su cuerpo, si bien

todos los que participan en el mecanismo del espasmo se manifiestan en total actividad. El único peligro está en que el marido no sepa advertir a tiempo la verdad de lo que ocurre y el engaño manifiesto de que está siendo víctima. Aquellos maridos de carácter débil, sumisos, enamorados, subyugados por entero a la voluntad de su esposa, acabarán por ser unos instrumentos del erotismo equívoco de su pareja, que una vez habituada a esta clase de goces, no encontrará otros que pueda sustituirlos. No obstante, esto no impide que esas mujeres lleguen a ser madres, pero, bien entendido, sin que sus hijos puedan brotar de las consecuencias naturales de un orgasmo normal recíproco.

Entre las prostitutas enamoradas de un hombre, el chulo por ejemplo, como ocurre con mucha frecuencia entre las alemanas, todo goce es permitido, menos aquel que puede obtenerse por el camino normal, que sólo queda reservado para el amante insustituible. Las prostitutas hebreas que siguen afectas a su religión “todo lo posible”, creen que es pecaminoso todo contacto sexual practicado con hombres de otra religión, siempre que no sea por un medio que implique cierta humillación para el amante. En Marruecos, por ejemplo, donde moros y hebreos se profesan un odio mortal, para una prostituta israelita no hay placer más codiciado que conseguir de un musulmán aquellas caricias que por espíritu de raza no permitiría a un hebreo. (Lámina II.)

El deleite obtenido en estas condiciones no puede ser francamente sexual; es una forma de sadismo moral lo que determina el orgasmo, exactamente lo mismo que se observa en el caso contrario, esto es, cuando la mujer pertenece a una clase o raza inferior a la del hombre que la acaricia, o bien cuando un hombre inferior posee a una mujer de posición intelectual o económica más elevada que aquella a la que a él corresponde.

Huelga decir que esta predisposición es principalmente cerebral, y que no participa de las cualidades del amor, elementos que suprimen por completo esas diferencias cuando el sentimiento es recíproco.

Aunque este fenómeno es más abundante en el libertinaje, dentro de lo que se considera el terreno de la honestidad sexual, hay hombres y mujeres que no podrían alcanzar estos ideales eróticos a no ser por la existencia de tan marcados contrastes. Muchos matrimonios que se suponen verificados por el interés puramente material cuando entre ambos cónyuges se advierte la existencia de un abismo intelectual o económico, no siempre resultan desgraciados, como pudiera suponerse, en tanto que la parte “superior” no “abuse” de su superior-

ridad sobre la otra. En el caso de una mujer rica y un hombre pobre, ella puede ir al matrimonio por amor, y él, no por el dinero, sino por ese sentimiento de inferioridad que experimenta con respecto a ella, a la que ama sinceramente, más por lo que *representa* que por lo que en realidad *vale*.

Por parte del hombre no cabe duda que existe una pequeña perversión, ya que el objeto esencial del amor está sustituido completamente por un elemento que no es natural ni antropológico, aunque ello no quiere decir que el amor no exista normalmente expresado e independiente de lo anormal de la inspiración.

Al estudiar los caracteres de la atracción sexual que debe de constituir la base fisiológica del amor, hemos visto que la selección se establece también en virtud del predominio o del relieve de determinadas cualidades espirituales, lo cual determina la razón psicológica. Todo esto es absolutamente normal, no importando para nada la existencia del factor material, hecho que puede ser social, pero nunca biológico. Así, pues, para definir exactamente en qué consisten las pequeñas perversiones más o menos naturales, no tenemos más que sujetarnos al enunciado general de la cuestión. Ahora bien, una selección sexual efectuada con arreglo a esas normas antropológicamente fundamentales, es más rara de lo que parece, porque nunca resulta fácil desasirse del imperio de esos elementos de perversión instintiva de tan amplísima variabilidad, y que en circunstancias determinadas sirven de asiento al desarrollo de perversiones más graves, como tendremos ocasión de demostrar más adelante.

Hemos hablado ya del mordisco, el pellizco, los golpes leves y otras variedades sádico-masoquistas del amor normal, puesto que se presentan en individuos de recia mentalidad, completamente sanos y sin la menor tara psicopática, que no puede decirse que constituyan perversiones dignas de la atención del clínico, pero que tampoco "parecen" normales, analizándolas desde el punto de vista de la sexualidad "reglamentada" por las costumbres morales. Estas perversiones que conducen siempre a la temescencia y que contribuyen a la realización del espasmo, se practican, por lo general, de una manera instintiva, aunque pueden ser evitadas, siempre que la persona pasiva manifieste una resistencia formal a sufrir las consecuencias de esas modalidades naturales de la excitación sexual.

En resumen: todas las grandes perversiones están justificadas, hasta cierto punto, por esa base primitiva que se domina *algolagnia*, término que ya hemos definido en otro volumen. Así, pues, en la sexualidad hay siempre perversión o perversidad; la primera está

determinada por el amor psíquico, y la segunda se explica por el deseo físico predominante, hecho que se observa en los individuos cuyos sentimientos afectivos son más débiles que el impulso sexual específico, más parecido al instinto de reproducción o al impulso de evocación que al complejo de circunstancias psíquicas que dan lugar al desarrollo del amor normal de componentes psicofísicos.

LOS "MIRONES" O MIXOSCOPIA

Definición del término "mixoscopia".—Las fotografías pornográficas y sus compradores.—La curiosidad y los "mirones".—Causas de la mixoscopia.—Sus bases normales.—Muerte por congestión.—Las escenas de las casas especiales.—Su clientela.—La Guimard y el príncipe de Conti.—Las "mironas".—Los frequentadores de los evacuatorios.—Reuniones de defecadores.—El amor por las estatuas.—Explicación de estos fenómenos.

El insigne sexólogo alemán Dr. Krafft-Ebing ha creado el término *mixoscopia* para clasificar a esa enorme legión de pervertidos sexuales cuyo erotismo se manifiesta casi únicamente en el acto de presenciar escenas eróticas normales o anormales, o bien sólo con ver hombres o mujeres desnudos, ya sea en el baño, en el lecho o en las funciones de la higiene íntima. Es una de las perversiones sexuales visuales de objeto de la forma activa.

En el mismo índice, puesto que también se trata de perversiones visuales, es posible incluir el *pigmalionismo*, o sea el amor por las estatuas o figuras representadas en obras pictóricas, de lo que hablaremos más adelante. No obstante, la excitación y la detumescencia no se obtienen en las mismas condiciones que en la mixoscopia, ya que el enamorado—o la enamorada—de una estatua o de un cuadro ha de recurrir frecuentemente a la masturbación.

El "mirón" es un pervertido completamente inofensivo que se encuentra en todas partes, menos en los pueblos primitivos; así, pues, esta anomalía del impulso sexual puede decirse que es uno de los productos de la civilización. En las formas atenuadas de la mixoscopia estos pervertidos no necesitan presenciar espectáculos: les basta sólo con coleccionar fotografías y dibujos obscenos de ese "arte" que muchos editores sin escrúpulos han dado en llamar erótico, y que reproducen escenas de una pornografía repugnante. En los bulevares parisinos, en la madrileña calle de Alcalá, en las ramblas de Barcelona y en todas las principales arterias de las grandes ciudades, tan pronto como se reduce la circulación aparecen unos hombres que dis-

cretamente se acercan a los transeúntes ofreciéndoles colecciones de fotografías "realistas" para todos los gustos, incluso los más perversos. En las inmediaciones del cuartel de la Montaña, en Madrid, lo mismo que en las cercanías de otros establecimientos militares, los vendedores de esta mercancía suelen hacer pingües negocios entre los soldados que no disponen de una peseta, que es la tarifa de las prostitutas que algunas noches actúan en enjambres tras de las tapias de los cuarteles prodigando amor y enfermedades venéreas a diestro y siniestro. El amor, las fotografías pornográficas y la sífilis, la blenorragia, el chancro, etc., son mercancía barata en las inmediaciones de los cuarteles. Y conste que no nos anima ningún deseo de hacer la propaganda de tan florecientes industrias; nos limitamos a decir que es un espectáculo deplorable de consecuencias desastrosas.

Las fotografías que se ofrecen en la calle de Alcalá no se diferencian de las citas más que en la confección material y en el precio de venta, pero tan indecentes son unas como otras. Otra diferencia está en que las de mayor precio sirven para satisfacer las inclinaciones mixoscópicas y las que adquieren los soldados se acercan más a la perversión del pigmalionismo.

Un autor dice que las relaciones estrechas entre la curiosidad sexual del mirón y la curiosidad en general aparecen en el análisis psicológico minucioso de ciertos individuos neurópatas, artistas enamorados de la plástica humana, admiradores voluntarios de su propio sexo, que son al mismo tiempo curiosos de todos los aspectos, analistas extremados, investigadores, amantes de darse cuenta de la naturaleza íntima de los hechos—sociales, psicológicos, morales, científicos, etcétera—. Así, pues, esta hipótesis implica que la perversión visual no es más que la caricatura, hecha sobre el plano erótico de una aspiración humana normal por conocer, sobre todo desviada en este sentido cuando ella tiene su raíz en una curiosidad infantil con respecto de los hechos sexuales, curiosidad que pudo ser reprimida por medio de una represión enérgica de una persona mayor. (Hesnard.)

No apoyamos la anterior teoría como explicación del origen de las perversiones visuales si hemos de admitir que estas neurosis y también su desarrollo se remontan a la época en que el niño pudo experimentar esas sensaciones impresionantes, pues de la misma manera que el afán por presenciar hechos sexuales se pretende basarlo en las consecuencias de una represión en la edad infantil, también pudiera asegurarse que el investigador científico lo es a causa de haberse reprimido de niño por el hecho perfectamente natural de haber pretendido conocer, por ejemplo, la composición química del agua o del vino. La curiosidad general es una cosa, la del investigador es

otra y la del mirón otra bien distinta. Yo conozco algunos mixóscopos que ni son investigadores científicos ni siquiera vulgares curiosos: son, simplemente, perversos sexuales. Luego si podemos afirmar que la mixoscopia es una caricatura de cualquier aspiración de conocer reprimida violentamente en una edad lejana—lo que no está demostrado más que en rarísimos casos—, la otra curiosidad del investigador o del simple curioso han de tener radicales forzosamente distintas.

No hay que olvidar que la inmensa mayoría de los mixóscopos, sin ser impotentes, sienten marcada repugnancia hacia el acto sexual normal. En el desarrollo de tan extraña perversión influye bastante la pobreza de espíritu, la timidez, el temor a las enfermedades venéreas y la literatura pornográfica, y, muy especialmente, los estados psicopáticos de hiperexcitabilidad.

Hasta qué punto puede considerarse normal esta perversión ha sido un aspecto largamente debatido. En primer lugar, y hablando con sinceridad absoluta, ¿hay algún individuo en quien la visión de un hecho sexual normal no produzca una excitación más o menos violenta? Sin ir más lejos, aquí tenemos la base de la mixoscopia, que no sólo se limita a los actos realizados entre personas, sino que se amplía a los que realizan los animales. En el patio de un cuartel de Remonta instalado en un antiguo convento, cuyo patio era el de un viejo claustro, tenían lugar los actos de la fecundación de las hembras que eran presenciados por chiquillos de ambos sexos y personas mayores que ocupaban los balcones del claustro en calidad de espectadores. Un mediano observador hubiera podido descubrir que la curiosidad de aquellas gentes, incluso la de los chiquillos, era esencialmente morbosa. Uno de los veterinarios me aseguraba que había varios habituales conocidos hacía cuatro años, durante cuyo tiempo no se perdieron un sólo día de asistencia a estas sesiones.

Hay numerosos casos de mixoscopia en los que el espectáculo del acto sexual se busca como simple excitante para realizar el coito con aquella mujer que figura como actriz de la comedia. Se refiere el caso de un hombre de ciencia que impulsaba a su mujer a aceptar las insinuaciones amorosas de un joven amigo suyo, en su propia casa, permaneciendo allí el marido todo el tiempo, sin, al parecer, darse cuenta de lo que pasaba; el joven, muy sorprendido en un principio, acabó por aceptar tan anormal situación. (Citado por Ellis.)

Otro caso registrado en Francia es el siguiente: Un viudo de cincuenta y dos años de edad puso un anuncio en un periódico solicitando un matrimonio joven, "no importando la legitimidad de su estado civil", para guardar una casa de campo. Instaló a la pareja magníficamente, destinándole para dormitorio una de las mejores habi-

taciones contigua a la que él ocupaba durante sus estancias en la finca, llena de espejos en diversas posiciones, y alumbrada por medio de una luz indirecta y velada que no se apagaba nunca. Un día, cuando la pareja se hallaba entregada a los transportes amorosos más íntimos, en la habitación contigua escucharon un ruido como de algo que se desplomaba. Pensando en que pudiera haberle ocurrido algo al señor, el marido llamó a la puerta, y al no obtener contestación penetró en la estancia, viendo al anciano en el suelo, en paños menores, y al parecer muerto. Inmediatamente dió aviso a la Policía, explicando lo que sabía del extraño suceso. El médico comprobó que había muerto a consecuencia de un colapso producido por una impresión sexual fuerte, "semejante a la convulsión ocasionada por el coito". Quedó demostrado que el anciano acostumbraba a presenciar los actos sexuales que realizaba el matrimonio valiéndose de un orificio que le permitía ver lo que sucedía en la habitación inmediata, gracias a la combinación de espejos que hizo instalar a tal fin. Las declaraciones del matrimonio acabaron de corroborar las hipótesis del médico, siendo lo esencial que el colapso que le costó la vida ocurrió unos segundos después de haber terminado el matrimonio de realizar su acto amoroso.

En las casas de prostitución de casi todas las grandes ciudades hay habitaciones preparadas a propósito para explotar estas perversiones. Esos espejos adosados a la pared por medio de recios marcos no son más que verdaderas ventanas de un observatorio. Están azogados con una substancia especial que en nada diferencia a estos espejos de los de estructura corriente, pero que por el lado del azogue permiten ver con tanta claridad como si se tratase de un cristal blanco común.

El mirón se instala en el observatorio previo el pago de la *localidad*, y desde allí presencia el espectáculo completamente solo. De los actores sólo la mujer es la que está en antecedentes de lo que ocurre, pues el sujeto activo es casi siempre un cliente que obra de buena fe y sin poder sospechar siquiera lo que ocurre detrás de los espejos.

En una ocasión el tripulante de un barco de guerra de una potencia europea penetró en una casa de prostitución de Tánger dispuesto a resarcirse de la abstinencia de unos días de navegación. Después de elegir a la mujer y pagar religiosamente entraron en la habitación, donde se dispuso a tomar el amor que había comprado. No se sabe si el instinto o el oído le advirtieron de que detrás de un gran espejo ocurría algo anormal, y sin andarse con contemplaciones disparó sobre él haciéndole añicos. El proyectil alcanzó a un mirón en la frente, dejándole muerto en el acto.

En la célebre novela de Lorrain *La maison Philibert* nos encontramos con la siguiente descripción puesta en labios de una de las mujeres de la casa:

"Era, sobre todo, una casa de arte. Se componían grupos plásticos y se proporcionaban espectáculos naturales. Había varios hombres afectos al establecimiento. Hay poses en que los sexos ganan al mezclarse. No eran marqueses, como es lógico, pero eran bastante mejores de lo que podía suponerse: peluqueros sin trabajo, luchadores en el declinar, acróbatas sin contrata y chóferes agraciados, pues se exigía de ellos ciertas condiciones de belleza. Desgraciadamente, aquellos hombres no sabían comportarse como era debido y al poco tiempo había que despedirlos porque eran ineptos para tales trabajos. Un hombre no se presta igual que una mujer, y la clientela prefería los desconocidos, los muchachos encontrados casualmente en la calle, a los profesionales. ¿Me comprendes, Amalia?

"Eran muchachos llevados allí por cualquiera de nosotras y que no sospechaban siquiera que iba nadie a verles. Unas veces era un estudiante; otras, un obrero; otras, un empleado de la estación (había una muy cerca), atraídos por una cualquiera. Cuando no se encontraba a nadie nos servíamos de un cochero; pero con éste había que "rascarse" el bolsillo, sin contar con que los clientes preferían muchachos encontrados en la calle y, principalmente, los obreros. ¡Son tan viciosos los elegantes! Una mujercita vestida de seda al lado de un obrero con blusa azul les entusiasmaba. ¡Ah, si llegara a contarte todas las cosas graciosas que he visto en esa casa de la calle de Berlín! He visto a un príncipe ruso que hacía subir a sus criados y "trabajar" mientras él les contemplaba. Otro (he sabido después que era el embajador de Turingia) exigía que las mujeres estuviesen vestidas como niños de coro y el hombre como arzobispo; éste mismo hacía que otras veces bailasen ante él unas chiquillas desnudas con un sable en la mano y un casco de coracero en la cabeza. La casa era muy rica. Imagínate que se pagaban dos luises la primera vez y un luis las sucesivas y la casa estaba siempre llena. Había días que llegábamos a ganar dos mil luises por noche, sobre todo en Carnaval y el día del Gran Premio. ¡Por allí desfilaba todo el alto personal de las Embajadas: ingleses, italianos, rusos, etcétera! Los mayores ingresos se obtenían durante la estancia de los soberanos extranjeros en París. No te diré que iban reyes, ¡pero si tuviese tantos millones como príncipes herederos, chambelanes, mariscales, archiduques y magnates de todas clases nos visitaban!

"Pregunta, si no me crees, a Biscuit. Ha vivido entre la alta sociedad y sabe perfectamente que no ha venido a París extranjero de

categoría que no haya visitado aquella casa. ¡Y mujeres! Mujeres del gran mundo, créeme, pues en lo que se refiere a las otras no quiero hablar de ellas, aunque iban a nuestra casa las más elegantes. Pero no hablo ahora más que de las aristócratas, de las duquesas, de las marquesas; unas con sus amantes; otras, con sus legítimos maridos —pues hay hombres que llevan allí a sus esposas—. Llegaban allí en bandadas, después del teatro, al salir del "souper", hacia las dos de la mañana. ¡La de diamantes verdaderos, trajes elegantes y salidas de teatro que valían más de doscientos luises que he visto en tales momentos! ¡Pero también qué casa! Una escalera adornada con plantas majestuosas, con escalones de cristal azul iluminados por debajo; para los clientes de rango, la habitación de María Antonia, la misma que se puede ver en Fontainebleau. La primera vez que entré allí me quedé asombrada. Había también la sala de la Alhambra: una alcoba turca con paredes de mosaicos, a la que llamaban el palacio de Granada, nunca he sabido por qué. Allí nos hacíamos de oro. Fué allí donde hice todas mis economías, los ahorros que me han permitido establecerme aquí, pues no creo que te vayas a figurar que fué rodando por Tolón como hice mi fortuna.

"En fin, si en mi carrera de mujer pública me he arrastrado por algunos sitios sucios puedo decir que en la calle de Berlín viví en la atmósfera de las grandes cortes. He tenido muchas ocasiones de aproximarme a las testas coronadas, y si no he hecho mejor carrera ha sido por culpa de mi timidez, pues una tarde tuve la fortuna al alcance de mis manos, esa fortuna que puede lanzar a una mujer y asegurar su porvenir, y la perdí por no atreverme.

"—¿De verdad, Adela?

"—Sí; mira como fué.

"Adela hizo una pausa como concretando sus recuerdos. Luego continuó:

"—Una tarde estaba de servicio—de servicio de encargada—cuando de pronto se detuvo ante la puerta de la calle un coche elegantísimo, y el portero, completamente azorado, vino a anunciarnos a los grandes duques.

"—¿Los grandes duques de qué?

"—¡Qué grandes duques van a ser! ¡Los verdaderos, los únicos, los hermanos del rey de Mongolia! (El rey de Mongolia acababa de morir.)

"—Van al salón del primer piso, al palacio de Granada, al lado de la habitación de la reina. Los hemos puesto allí a causa de sus trajes. Son medio turcos.

"—Sí, son asiáticos—replicó el patrón, que tenía cierta instrucción—; voy a recibirles. ¿Qué es lo que desean?

"—Ver, naturalmente.

"—Bueno, ahora iré—dijo el patrón, que nunca tenía prisa—. Tú, hija mía—dijo, dirigiéndose a mí—, ponte tu traje de recepción, el verde con bordados. Tienes una garganta muy bonita y eso les gusta a los turcos, y puedes, además, ponerte las alhajas de la patrona. Tienes la llave, ¿verdad? (Yo tenía toda la confianza de los patronos, y tenía las llaves de todas las cosas. La señora estaba en Lourdes, en una peregrinación, y yo dirigía la casa.) Me vestí y arreglé rápidamente y me dirigí hacia el palacio de Granada. Cuidé, claro está, de causarles buena impresión al entrar: saludos, inclinaciones, reverencias de corte. "Salud, señores, majestades, altezas", dije pausadamente. Los grandes duques eran dos gigantes vestidos de levita, muy guapos, con ojos de gacela y pelo ensortijado como el astracán, con grandes diamantes en los dedos y en el alfiler de corbata. Quedé maravillada. Desgraciadamente, tenían un aire de "no me toques" como no he visto a nadie. Me sonrieron friamente y el intérprete (pues iba uno con ellos) me dijo en voz baja:

"—No les haga ninguna indicación. No les gustan las mujeres.

"—¿Cómo?—le pregunté.

"—¡Que no les gustan las mujeres! ¡La mujeres hechas! No les gustan más que las doncellas. No lo olvide. No vienen más que a ver.

"—Está bien.

"E indicándoles dos pequeños observatorios—disimulados entre los arabescos del salón de Granada—apagué la luz y nos quedamos los cuatro en la oscuridad, colocándome yo entre los dos príncipes, pero sin rozarles. Es una regla de la casa. En los salones de espectáculo no se deja nunca a los hombres solos. Tiene que estar siempre una mujer con ellos.

"Entonces comenzó el desfile. El patrón había cuidado los grupos y el espectáculo no estaba más; pero ya lo había visto yo demasiadas veces. Los mongoles, en cambio, no debían de haberlo visto nunca.

"Los hermanos del rey se me habían acercado y les oía moverse en la oscuridad. Sin perder un solo movimiento del espectáculo, pegados a los observatorios, los príncipes respiraban con fuerza, como si fueran unos fuelles gigantescos. El mayor se apoyó contra mí. El espectáculo les emocionaba. Aunque eran hermanos de un rey no dejaban de conmoverse. El intérprete me tropezó y me dijo:

"—¡Anda con ellos, creo que ya están en situación!

"Pero algo raro me paralizaba. ¡Eran hermanos de un rey, de un

rey que acababa de morir! No me atreví a hacer nada, y cuando terminó el espectáculo encendí la luz, encontrándome entre los dos príncipes con la faz congestionada por la sangre. No había conseguido nada.

"Los mongoles pidieron su coche y, tras de pagar los gastos, se hicieron conducir al Quai d'Orsay. ¡Había perdido una ocasión formidable para colocarme!

"¡Lo que hace el respeto! Una buscona cualquiera no hubiera fallado el golpe, pero yo respeto todas las instituciones. Yo venero y me inclino ante la Monarquía, la Religión y la Justicia, cuyos solos nombres me conmueven profundamente. ¡No soy una mala mujer; estimo a la Magistratura, venero al Clero, amo al Ejército! ¡Viva Francia!"

En este fragmento de la célebre novela de Lorrain se refleja con absoluta fidelidad lo que sucede en esas casas de prostitución de "alto bordo". La casa que cita el novelista existe aún en una calle que cambió de nombre a principios de la Gran Guerra, y la clientela sigue siendo tan selecta como entonces, si bien los parisinos han dejado paso a la avalancha de extranjeros que diariamente se renuevan en la gran urbe.

Es cierto que París es el centro de los *voyeurs*, de los mirones, que en ninguna ciudad del mundo abundan más. Y esto ha sido en todo tiempo. Un cronista del siglo XVIII habla de una cortesana elegantísima llamada "la Guimard", la cual se exhibía sola en su habitación de toaleta. Los mirones se situaban tras de las cortinas y en otros observatorios parecidos, para verla bañar y hacerse la higiene íntima, sin necesidad de que la cosa llegase a mayores, aparte de que dicha cortesana era la amante oficial del príncipe de Conti, hombre que la pagaba espléndidamente.

Acerca de estos amores dice un documento de aquella época: "En el momento del placer, con el pretexto de tomar precauciones por su salud, el príncipe se retiraba terminando la escena en un pañuelo blanco que llevaba al efecto. "La Guimard", en cambio, se dejaba amar completamente por un joven carpintero, a condición, impuesta por el de Conti, de que él tenía que presenciar los amorosos lances de la pareja." (Lámina III.)

En la actualidad existen en París ciertas casas de modas, según dice Blonch, en las que hay habitaciones inmediatas a los probadores, las cuales son ocupadas por respetables señores que pagan bien caro el espectáculo de la prueba de las ropas íntimas de la clientela, constituida casi toda ella por damas del gran mundo y artistas de los principales coliseos. Se dice que una gran parte de estas mujeres se

visten casi gratis con tal de dejarse probar las prendas interiores en determinadas condiciones.

En un teatrillo de la rue Montmartre, que se dedica a las revistas, los camerinos de las actrices comunican con habitaciones secretas—el secreto, realmente, no existe para nadie—por medio de unos agujeros perfectamente disimulados. El espectáculo más interesante consiste en ver desnudarse y vestirse a las jóvenes artistas, pero en este caso parece ser que sólo se admite a la clientela femenina, que acude en parejas a estas sesiones fuera de programa.

Hace muchos años contaba el Dr. Coffignon que había muchas personas que se ocultaban detrás de los arbustos de los Campos Elíseos con el fin de presenciar las escenas amorosas que tenían lugar entre las numerosas parejas que habían elegido aquellas espesuras para demostrarse su pasión. Pero en los días presentes las cosas siguen ocurriendo de la misma manera, siendo rara la noche que alguno de estos mirones no paga en golpes su curiosidad.

El bosquecillo de Saint-Germain, situado en los alrededores de París, es los domingos el teatro de estas escenas apasionadas en las que no faltan los mixóscopos de ambos sexos.

El verdadero "récord" lo bate el Bosque de Bolonia, que es donde parece que se dan cita todos los pervertidos de París, desde el masoquista hasta el inofensivo mirón que se encarama en los árboles o se esconde entre los macizos de verdura para presenciar las partidas de vicio tan conocidas de los parisinos, que a veces terminan trágicamente. Esta perversión no es exclusiva del hombre. En los baños orientales, tan abundantes en todo París, las mujeres, generalmente homosexuales, pagan a la servidumbre con tal de que les faciliten un observatorio desde donde poder presenciar las operaciones del baño, el masaje y otras que no se anuncian, pero que tienen lugar en estos establecimientos hidroterápicos de tan honesta apariencia.

Otra variedad de mixóscopos está constituida por los que frecuentan los evacuatorios públicos denominados por los franceses *stercoraires platoniques*; "individuos que, presenciando actos de defecación y micción de otros experimentan gratas sensaciones sexuales".

En casi todas las grandes ciudades es frecuentísimo el tipo del mirón de los urinarios. Estos pervertidos no pasan de ahí, siendo, por lo general, impotentes o débiles sexuales. Los editores de pornografías y dibujos de esta naturaleza, en la que figuran hombres o mujeres solos o grupos de ambos sexos, etc., efectuando la evacuación de los recipientes residuales. De estos pervertidos salen después los coprolágnicos y urolágnicos de que ya hablaremos.

La Policía de Berlín descubrió en una ocasión un Club de miro-

nes escatológicos que se hallaba en las inmediaciones de los jardines de Schlossberg. La *sala de fiestas* era una pieza llena de espejos y muy iluminada, en cuyo suelo había hasta veinte sumideros en los que esas operaciones había que hacerlas en cuclillas. Cuando entró la Policía se halló con once individuos de ambos sexos que estaban evacuando sus necesidades más repugnantes, en tanto que otra docena presenciaba el espectáculo. Todos ellos aparecían completamente desnudos.

Uno de los reunidos, y que no era un perverso, sino un agente de Policía que había tenido estómago suficiente para investigar en el terreno, manifestó que en distintas ocasiones iban obreros, cargadores de las estaciones y otros individuos rudos, a los que se gratificaba con tal de que evacuasen sus necesidades fisiológicas en la sala de fiestas del Club. La recluta de estos elementos se efectuaba por medio de otros individuos a los cuales se abonaba una prima por cada "excretador" que conducían a tan extraño Círculo. Casi todos los socios eran personas de elevada posición social y perfectamente normales en los demás aspectos de su vida.

En contraste con estos motivos francamente repugnantes y antiestéticos, tenemos el *pigmalionismo* o amor a las estatuas y cuadros que representan desnudos femeninos y masculinos, que lo mismo pueden satisfacer los deseos heterosexuales que los homosexuales.

Antiguamente, entre los griegos y romanos, se desarrolló casi una epidemia, por decirlo así, de amor a las estatuas, aunque justo es decir que esta adoración era más comunmente artística, esto es, producida por la admiración estética. No obstante, esta forma de pigmalionismo no merece tal denominación, ya que en muchos casos el amor inspirado por las estatuas no pasaba de ser otra cosa que el que un aficionado al arte pictórico puede sentir por un cuadro de la naturaleza que fuere.

Hay una leyenda acerca de la Venus de Milo en la que se trata de aclarar la razón de la falta de sus brazos. Se dice que un rey adquirió la estatua, de la que se enamoró locamente. En un momento de gran excitación quiso intentar una cópula imposible y entonces se cayó la estatua, rompiéndose los dos brazos.

Tarnowski refiere el caso de un joven que fué detenido en Leníngrado por saltar la verja de un jardín con objeto de acariciar la estatua de una ninfa que había en la fuente.

En Lisboa fué detenido un marino inglés, el cual se había encastrado en el sencillo y bello monumento erigido a la memoria de Eça de Queiroz, en el que hay una alegoría representada por un mag-

nífico desnudo de mujer. El marino tenía una colección de fotografías de todas las estatuas a que había amado en diversos puntos del globo.

En muchos casos observados no hace falta completa ese amor con la sensación táctil, sino que la visión es bastante para provocar no sólo la erección, sino también el orgasmo. Otro compañero y yo tuvimos un día el capricho de observar a los visitantes de las salas de Goya y Rubens, en el Museo del Prado, de Madrid. Por lo general, aquellos individuos en los que podía advertirse muestras de excitación eran generalmente jovencitos o adultos de educación rudimentaria, ya que a sus gestos acompañaban frases reveladoras del efecto que les producía la admiración de aquellas magníficas obras de arte, tales como la *Maja desnuda*, *Las tres Gracias*, etc.

Nuestras investigaciones a este respecto coinciden en absoluto con las de Iwan Bloch, cuando dice que "generalmente se trata de muchachos muy jóvenes, todavía impúberes y principalmente ineducados, sin la menor idea del sentido estético y crecidos además en un ambiente de mojigatería y de horror al desnudo". De esto no cabe duda, ya que solamente las personas incultas e ignorantes son las únicas que sienten y ven indecencia en las reproducciones del desnudo, ya sean estatuas, cuadros, fotografías o dibujos.

Acerca del pigmalionismo griego, hay que tener en cuenta una particularidad muy importante, que, hasta cierto punto, justifica la razón de existencia de dicha perversión con caracteres más acusados que en nuestros días. Las estatuas griegas, ya fuesen de mármol, piedra, metal o madera, estaban policromadas, es decir, pintadas con todos los colores naturales para representarlas con el máximo parecido a la realidad, lo que, naturalmente, contribuía lo mismo que ahora, a que la ilusión pudiese resultar más completa.

Esta variedad del pigmalionismo es explotada en muchos burdeles de París y otras ciudades, en los que los libertinos, generalmente viejos gastados por todos los vicios, quieren ver a las prostitutas fingiendo grupos estatuarios que poco a poco simulan ir tomando vida. Fiaux, en su libro *Las casas de tolerancia*, dice que "los conocidos *cuadros vivos* de nuestros *varietés* son una forma suavizada de estas exposiciones pigmalionísticas".

A veces las imágenes religiosas han inspirado emociones francamente eróticas en individuos perversos de los dos sexos. En una iglesia fué detenido un hombre al que se sorprendió abrazando y besando a una virgen que había sido bajada del pedestal con objeto de limpiarla. Estos casos de amor a la Virgen son demasiado cono-

cidos de los religiosos, pues de ellos se habla en los Manuales del confesonario.

Por último, diremos que la variedad más conocida de los mixóscopos, la constituyen los espectadores de las primeras filas de todos los teatros de revistas y variedades frívolas, los cuales han servido de pie para todo un género de literatura erótica.

LOS EXHIBICIONISTAS

Derrrición del exhibicionismo.—Opiniones de diversos tratadistas.—Su base natural.—Actitud de estos pervertidos.—Reminiscencias del culto fálico.—La virilidad del niño.—La angustia de la castración, como base psicológica.—Negación de esta teoría.—Analogía entre el mixóscopo y el exhibicionista.—Las formas clínicas.—Los pervertidos más frecuentes.—Clínicos, neurópatas e impulsivos.—El exhibicionismo femenino.

Es, como ya hemos dicho, una perversión sexual visual *pasiva* más interesante que la mixoscopia, esto dicho desde el punto de vista clínico; puede definirse diciendo que es una tendencia perversa caracterizada por un anhelo de placeres eróticos provocados por una exhibición más o menos afrentosa, delante de uno o más testigos, de los órganos sexuales o de las regiones del cuerpo a las que se atribuye un carácter tradicionalmente vergonzoso. Es, en definitiva, la alianza de la vergüenza y del placer visual lo que caracteriza sobre todo esta desviación sexual. En realidad, el placer que se experimenta no es por el hecho de avergonzar a los espectadores, sino en virtud de la misma vergüenza que experimenta el exhibicionista.

Los autores clásicos definieron el exhibicionismo por sus caracteres objetivos más impresionantes, esto es, por el *gesto* que significa exhibir los órganos genitales. Ahora bien, en casos infinitos se observa de una manera incuestionable que el exhibicionista muestra sus órganos genitales sin ser impulsado a ello por ningún móvil erótico, por inconsciencia por ejemplo, o pérdida del sentido de la moral, y sin ser pervertidos sexuales, como puede observarse en los borrachos y en el exhibicionismo de los paralíticos generales y ancianos.

Otros sostienen que es una *impulsión* a mostrar los órganos genitales. El Dr. Garnier describió por primera vez esta perversión de la siguiente forma: "El exhibicionismo es una perversión sexual, obsesionante e impulsiva, caracterizada por el deseo irresistible de

mostrar en público y generalmente en horas y sitios fijos, sus órganos genitales en estado de flacidez, y fuera de toda maniobra lúbrica y provocativa, acto en el que se resume el apetito sexual y en el que se pone fin a la lucha angustiosa que da lugar al acceso."

Existen, no obstante, infinitos exhibicionistas no impulsivos, los cuales tienen la suficiente fuerza de voluntad para contenerse, si bien otras veces procuran la mejor ocasión para llevar a cabo con todos los refinamientos la exhibición de sus partes secretas.

Ha habido siempre bastante desacuerdo entre las opiniones de unos y otros para definir exactamente el exhibicionismo y la psicología del exhibicionista, pero la teoría que no admitimos en términos generales, aunque susceptible de ser corregida, es la que hace el insigne tratadista de Psicopatología Sexual profesor Hesnard, y a la que aludiremos, comentándola, más adelante.

El exhibicionismo no cabe duda que tiene una base natural, ya que lo mismo a la mujer que al hombre les gusta ser admirados por el individuo del sexo contrario—y por el del mismo, si se trata de homosexuales—, como un acto elemental y normal que precede al contacto íntimo. Es, sencillamente, la forma primordial del simbolismo erótico, perfectamente definida y separada de todas las demás manifestaciones, pero que entra de lleno en la esfera del autoerotismo, razón por la cual seguirá ocupando nuestra atención en el volumen siguiente, aunque en éste trataremos de aducir algunas ideas al objeto de aclarar en lo posible la base psicológica de la perversión.

A primera vista, como dice Ellis, "el exhibicionismo es un acto que parece imbécil y sin sentido alguno, y que como tal, lo mismo que los actos de locura, ha sido estudiado por los tratadistas de la alienación y por los que se ocupan de perversiones sexuales". Ball decía también que "estos actos carecen de tal modo de sentido común y de inteligente reflexión, que la única razón que puede dárseles es la locura". Y del mismo modo, el Dr. McIl define el exhibicionismo de una manera demasiado rígida, a nuestro juicio, al decir que se trata de un estado en el cual "el encanto de la exhibición consiste para el sujeto en la exposición de sí mismo", sin tener suficiente en cuenta el supuesto efecto en el espectador, pues llega a la conclusión de que "la base psicológica del exhibicionismo no está clara hasta ahora".

La definición es bastante ambigua y no es posible aceptarla por completo. Ellis, al que debemos reconocer más autorizado en el análisis de estas cuestiones, estudia el exhibicionismo, considerándolo fundamentalmente como un acto simbólico basado en una perversión

de los actos de la conquista. "El exhibicionista, dice, expone el órgano sexual ante un testigo femenino, y en la vergüenza, con la cual éste reacciona al contemplar el espectáculo, halla una similitud con las emociones normales del coito, que le producen el goce. Le parece que ha efectuado una desfloración psíquica."

En efecto, puede admitirse esta simple definición del insigne maestro; pero cuando observamos que hay muchos casos de exhibicionistas impotentes o indiferentes al acto sexual normal, no cabe duda que la teoría de Ellis resulta bastante deficiente, ya que no abarca a todos los casos en general. Dice también que el exhibicionismo es comparable al impulso que sienten muchas personas a ejecutar actos indecorosos o a referir cuentos indecentes delante de personas jóvenes e inocentes del sexo opuesto. "Es esta una clase de exhibicionismo psíquico, cuya satisfacción está, lo mismo que la del exhibicionismo físico, en la confusión emocional que despierta."

Un caso en el que se combinan las dos clases de exhibicionismo en una misma persona, es el de un escritor y dibujante exhibicionista que tenía una amiga, la cual era una pervertida a quien gustaba el masoquismo en las formas de la flagelación. El artista manifestaba que "sentía placer en remitirla narraciones y dibujos de escenas de flagelación, ya que se imaginaba el deleite que produciría a la masoquista la lectura y la visión de esos dibujos". (Lámina IV.)

Así pues, este exhibicionista es de "otro tipo" diferente. En el exhibicionismo del individuo que quiere producir vergüenza en las mujeres que le ven, no cabe duda que existe un elemento de sadismo, esto es, de causar cierto dolor moral; pero en este otro del pintor, masoquismo en las formas de la flagelación. El artista manifestaba que la tendencia es diametralmente opuesta, y a que su deseo es producir placer, lo que a la vez le satisface a él también, en virtud de su conciencia de que los escritos y dibujos deleitan a su amiga.

Yo conozco varios casos de exhibicionismo en los que el elemento perverso predomina sobre el pervertido, en el caso de existir éste, lo que no creo probable. Tales individuos, no cabe duda que son los que entran de lleno en el Código penal, puesto que realizan el acto con toda intención, con la peor intención, mejor dicho, por maldad o crueldad. Un individuo de treinta y cinco años, casado y con una querida, se hallaba en una ocasión con varios amigos en un paseo de los alrededores de una ciudad. Cerca de donde ellos estaban, varias jovencitas entre doce y dieciséis años, alumnas de un colegio de religiosas, se entretenían en juegos inocentes, vigiladas por las monjas, que también tomaban parte en las distracciones. Este sujeto, dirigién-

dose a los amigos, les aseguró que iba a alejar a las monjas y a sus discípulas, y con toda serenidad y plena conciencia de lo que hacía, se aproximó a las jóvenes exhibiendo los genitales, al mismo tiempo que profería palabras y gestos del peor gusto. Los amigos celebraron la salvajada, hasta que se presentó una pareja de agentes de la autoridad, antes quienes las monjas denunciaron el hecho brutal.

Si el deseo de experimentar un goce causando un dolor, ya sea físico o moral, hemos de incluirlo en la categoría del sadismo, no cabe duda que la tendencia es sádica, aunque el placer recibido no sea sexual. Pero si en muchos exhibicionistas existe este elemento de crueldad, es innegable que se trata de sádicos perfectos, puesto que la vergüenza, el dolor moral que causan, se traduce en placer sexual.

Ahora bien, desde el punto de vista psicológico, el exhibicionista lo mismo puede creer que causa placer como que produce vergüenza en las mujeres ante las cuales ejecuta sus maniobras pervertidas o perversas. Por lo general, casi siempre trata de provocar emociones agradables, lo que en verdad raramente consigue, ya que la sensibilidad sexual de la mujer no es lo mismo que la del hombre en lo que respecta a estas excitaciones, porque los órganos sexuales masculinos no tienen para la mujer la misma atracción que los femeninos ejercen en la sexualidad del hombre. Por otra parte, su sentimiento de pudor la impide fijar la atención en esos objetos estimados como vergonzosos, más por convencionalismo e influencias morales que por inclinación natural. Por eso se dice que cuando una mujer no quiere ver una cosa, se cubre el rostro con la mano, pero deja separados los dedos.

Las últimas teorías acerca de la psicología del exhibicionismo pertenecen a la escuela psicoanalítica. Son amplias, ampulosas y a veces inadmisibles, si bien, como en todo lo que a la sexualidad se refiere, el origen lo basan los freudianos en las primeras emociones infantiles.

Hay quienes pretenden situar la razón del exhibicionismo en el primitivo culto fálico, o sea la adoración del miembro viril, diciendo que estos casos representan la reaparición esporádica de aquellos hechos de significación religiosa que pueden tener el valor de un instinto.

Esta teoría podríamos admitirla en el caso de que los exhibicionistas pudiesen ser considerados como seres completamente normales desde el punto de vista de la sexualidad psíquica, y también en el supuesto de que la exhibición de los aparatos reproductores hubiera sido alguna vez un hecho instintivo. La adoración al falo, como tendremos ocasión de ver en el volumen I, titulado *El culto fálico*, no

se basa en razones naturales, puesto que en realidad, aunque fuese una de las formas de la religión, estaba supeditada a otras divinidades superiores. Tampoco es admisible la teoría de que en algunos pueblos antiguos, la exhibición de la desnudez se ha considerado como un espectáculo de efectos religiosos y mágicos, en cuyo hecho debe basarse modernamente la razón del exhibicionismo, por la razón sencilla de que aquellas exhibiciones no tenían caracteres eróticos, que es la finalidad que persigue el exhibicionista.

Igualmente hay que negar valor a las afirmaciones que pretenden basar tales fenómenos en la tendencia del niño a mostrar sus órganos genitales como demostración de virilidad. Siempre se ha considerado que cuanto más voluminosos sean los órganos sexuales masculinos, más amplia será su virilidad; pero esto no pasa de ser una teoría completamente absurda en una gran mayoría de casos, lo mismo en lo que se refiere a la capacidad erótica que en lo que afecta a la de la reproducción.

El niño, en efecto, se siente orgulloso de sus órganos sexuales, pero más que de una manera natural e instintiva, en virtud de las opiniones que escucha en su torno. Un nene de cuatro años me decía en una ocasión que él era muy valiente y que no tenía miedo a los demás niños de su edad. Le pregunté por las razones de su valentía, y contestó:

—Porque tengo una colita muy grande.

En efecto, me mostró la "colita" para que me cerciorase; estaba afectado de fimosis, o sea que el prepucio tenía cerca de tres centímetros, en tanto que el órgano peniano no llegaba ni a la medida normal en un niño dos años menor.

Como hemos dicho antes, el psicoanálisis del exhibicionismo se apoya en la hipótesis de que esta perversión es la consecuencia de una represión incompleta de la curiosidad sexual infantil. Parece, dice Hesnard, que el exhibicionista está condenado durante toda su vida a protestar contra la primera angustia sexual, es decir, contra la amenaza de la castración. Seguidamente pone un ejemplo del interés de tal hipótesis, "desgraciadamente muy complicada en sus detalles para los espíritus no acostumbrados a la sutilidad psicoanalítica". Y añade: "En un caso que nosotros hemos tenido ocasión de analizar con cierto detalle, el fantasma consistía en la evocación de una escena fundamental de exhibición por el sujeto (un hombre de treinta años) de su pene en erección ante uno o varios individuos del sexo masculino, más jóvenes que él. Entre ellos cambiaron los detalles de la escena, los cuales consistían esencialmente en imaginar diversas

ocasiones de exhibirse sin escándalo para el espectador y sin peligro para el interesado. Así pues, se trataba de un "fantasma" y no de un proyecto, de un plan perverso, pues el sujeto había estado tentado de realizar su fantasma, aunque se encontraba ante la imposibilidad de hacerlo, ya que inmediatamente se presentaba la inhibición de toda erección y del deseo de toda satisfacción erótica.

Mediante el análisis—prosigue—se descubrió fácilmente el origen del fantasma en una escena de la infancia. A los cuatro años, el sujeto, se aproximaba, con curiosidad de niño malicioso, a su hermano de quince años, levantándole el faldón de la camisa, con el fin de ver los genitales. El mayor, enfurecido, le golpeó por aquel acto, y desde entonces experimentó una vergüenza extrema, indiscutiblemente traumática. A partir de esta escena, ampezó a preocuparle violentamente la posibilidad de que pudieran cortar los genitales, amenaza que había oído proferir contra otros niños de su edad."

Se extiende en largas consideraciones, que por muy psicoanalíticas que sean no pueden convencernos, porque si vamos a recurrir a la investigación de los orígenes de numerosos casos de exhibicionismo, el temor a la castración no aparece por ninguna parte, ni el fantasma supuesto de Hesnard existe en todos los recuerdos más remotos del exhibicionista. Todavía pretende apoyar su hipótesis diciendo que la actitud del exhibicionista puede interpretarse en esta afirmación: "No, yo no estoy castrado; ved que este falo es mío: contempladle."

La definición es francamente infantil, si se quiere comprender en ella a todos estos perversos para justificar su aberración. Indudablemente, hay muchos casos en los que la amenaza de la castración con un cuchillo, o que "te lo va a comer el gato", etc., pueden producir cierto temor en un niño de pocos años e incluso el traumatismo psíquico; pero, por otra parte, si a esa edad aún no están definidos ni localizados los sentimientos sexuales, la amenaza de la castración ha de ser equivalente a la de la amputación de otra parte cualquiera. ¿Cuántas veces no se amenaza a un niño con cortar una mano si rompe cualquier cosa, la lengua si pronuncia palabras indecentes, una oreja si es travieso o la nariz si es mocoso? Y sin embargo, termina por convencerse de que haga lo que haga y diga lo que diga, la mano, la lengua, las orejas y la nariz las conserva "porque le hacen falta" y porque no ha visto a nadie sin esos órganos.

También se les dice muchas veces: "Como te vuelvas a orinar en la cama, te corto la colita, o te la quemo con un papel." Y el niño, a pesar de todo, se sigue orinando en la cama, porque no puede evitarlo. Claro es que al cabo de los años desaparecerá el hábito de hacer

diabluras y el de hacerse en la cama esas necesidades; pero las represiones nunca le habrán ocasionado esos fuertes traumatismos psíquicos que más tarde le obliguen a mostrar las manos, la lengua, las orejas o la nariz, ni tampoco a orinarse delante del público, para demostrar que está en posesión de todos los órganos y miembros de su cuerpo.

Ahora bien; cuando se trata de niños con antecedentes neuropáticos y suponiendo que a la vez tengan suficientemente desarrollado el sentido genital, ya es posible que sucedan las cosas de la manera que quieren demostrarnos los psicoanalistas. Pero por lo general, y esto no debe olvidarse, el niño que es consciente de su papel sexual en la vida, sabe también que esas amenazas a la integridad de sus órganos no pueden preocuparle, porque a la vez que se desarrolla el sentido genital se desenvuelve también la inteligencia en los demás órdenes psicológicos.

En virtud de todas estas razones, estimamos que no es correcto fundar en el miedo a la castración la etiología del exhibicionismo, como tampoco puede decirse que una persona es reservada, poco locuaz y parca en palabras por el hecho de que en la época de la primera infancia fuera gravemente reprendida por hablar o intervenir en la conversación de las personas mayores, hechos que conocen todos los padres que saben educar a sus hijos.

Un exhibicionista no suele ser más ni menos anormal que lo sea, por ejemplo, un mixóscopo; ambos serán hombres perfectamente equilibrados en los demás aspectos de la actividad social. Ahora bien, mientras que el mirón puede ser un perverso en virtud de ciertas represiones o escrúpulos morales e incluso físicos—como el caso del príncipe de Conti, que no practicaba el acto carnal por miedo a una enfermedad—, siempre resultará un deficiente psicosexual, esto es, de mentalidad sexual escasa o mal desarrollada, casi siempre a consecuencia de una educación rígida y asexual por la que se le hizo tomar verdadero horror a la mujer y todos los actos eróticos que pueden experimentarse con ella. Pero si este lastre resulta, en algunos casos, difícil de soltar—la curación de la perversión mixoscópica, es casi siempre fácil cuando se atiende a las causas que la originan—, el exhibicionista, hombre de mentalidad formada, a no ser que se trate de un demente, comprende siempre que el hecho de mostrar su órgano viril no obedece al móvil esencial de querer demostrar que lo posee. Si así fuera no cabe duda que podría incluirse al exhibicionismo en el grupo de las obsesiones; es sabido que todo el individuo que está obsesionado con una idea, si es normal en términos gene-

rales, raramente dejará de exponer sus temores o creencias a quienes le rodean; pero en virtud de esa misma normalidad, como quiera que nadie le pide que muestre los genitales "para ver si los tiene", aunque exista entre todos sus convecinos la creencia de que está castrado, hipótesis absurda a todas luces, la íntima comprobación de que es físicamente íntegro le releva del supuesto deber de "protestar contra la primera angustia" producida por la amenaza de castración, como pretende demostrar el referido psicoanalista.

En resumen, que pese a todo lo dicho y hecho por unos y otros, la base psicológica del exhibicionismo que da el psicoanálisis no acaba de convencer más que a algunos partidarios de sus doctrinas, quizá los más fanáticos que se niegan a aceptar cualquier discusión de quienes opinan en contrario.

En tres casos que he tenido ocasión de estudiar de cerca, los tres individuos manifestaban que la impulsión a realizar el acto vergonzoso era irrefrenable "cuando habían bebido más de la cuenta". Este es el exhibicionismo más frecuente; en cambio, los tres, manifestaban que encontrándose serenos, aunque sentían deseos de mostrar los genitales les era fácil contenerse. Ninguno de los tres tenía la menor noticia de que alguna vez en su vida se les hubiese amenazado con la castración en forma que tal amenaza llegase a preocuparles.

Sé de otro caso de un impulsivo que me comunica un amigo, pero tampoco en éste nos encontramos con las bases psicoanalíticas por parte alguna. Sinceramente, en las investigaciones e historiales clínicos de esta perversión, la amenaza de la castración no sirve de punto de partida para determinar la anomalía, sino que más bien se encuentra en los estados neuropáticos e incluso en la herencia.

En cuanto a las formas clínicas, el doctor Krafft-Ebing divide a los exhibicionistas en cuatro grupos:

1.º Estados adquiridos de debilidad mental con enfermedad cerebral o espinal que enturbian la conciencia, y, al mismo tiempo, determinar impotencia.

2.º Epilépticos, en los cuales el acto es un impulso anormal orgánico que se realiza en estado de imperfecta conciencia.

3.º Un grupo algo parecido de casos neurasténicos.

4.º Casos impulsivos periódicos con marcado tinte hereditario.

Hesnard también divide las formas clínicas en cuatro tipos bases con distintas ramificaciones:

a) Los exhibicionistas vulgares, viciosos, ligeramente tarados en general, bebedores o semi-impotentes por razones orgánicas o neuropáticas, que, en la imposibilidad de obtener placeres sexuales norma-

les para calmar su excitación erótica (más o menos autoerótica o cerebral), se habitúan a los deleites solitarios complicados con el excitante que representa la presencia de un objeto más o menos derivado del normal. Estos "sátiros", más o menos anormales, pero conscientes de su infamia, desde el punto de vista de la precisión de la sanción, se comportan con habilidad y precaución para no comprometerse, a la inversa de lo que ocurre con los impulsivos, en la busca de ocasiones propicias. Por lo general realizan la exhibición acompañada de la masturbación. Contrariamente a los grandes pervertidos sexuales, que buscan la exhibición por sí misma, también suelen solicitar la masturbación practicada por niños; por lo general, suelen ser capaces de practicar el acto normal.

b) Los exhibicionistas clínicos que, más anormales y menos vergonzosos, pecan por exceso de audacia. Esta es su amoralidad constitucional, o adquirida en virtud de excesos alcohólicos, lo que les hace perder el dominio de sus gestos. En estos casos se trata casi siempre de débiles mentales o de desequilibrados más o menos graves.

c) Los exhibicionistas neurópatas, que se diferencian de los impulsivos en que la tendencia perversa, condenada categóricamente por el sujeto que la experimenta, es realizada, no a la manera de un acto irresistiblemente ejecutado, pero sí de una forma parcial, incompleta, más bien simbólica que efectiva. Esta realización tiene lugar después de que el individuo ha sostenido una verdadera lucha con la vergüenza, dándose por vencido. Dice Hesnard que estos son los tímidos sexuales, hipócritas consigo mismos igual que con sus víctimas, y en los que la vergüenza es más bien un excitante que una barrera. Cuando ese sentimiento de honestidad es muy fuerte, provoca en ellos la impotencia erótica; necesitan de ciertas maniobras autoeróticas para contrarrestar los efectos de la vergüenza, cuyo disgusto les deprime, llegando a obtener un placer que siempre resulta incompleto, por lo que entonces reaccionan avergonzándose del acto efectuado. Estima dicho autor que estos exhibicionistas son, en efecto, portadores de estigmas neuróticos: emotividad ansiosa, constitución erótica polimorfa (tentaciones homosexuales, fetichistas, etc.), aptitud para las fobias y para las obsesiones.

d) Los exhibicionistas impulsivos, los más raros y por tanto los menos conocidos. En éstos la afección es más psicopática que específicamente sexual: preocupación obsesionante de la tendencia irresistible, con lucha ansiosa antes de la satisfacción; fijación de tiempo y de lugar para llevar a cabo su perversión, tanto por comodidad como por la periodicidad de sus impulsiones; ausencia de excitación erótica

aparente, que encuentran con preferencia en aquellos lugares o reuniones de mujeres que más contrastan con su perversión, como en las iglesias, ante los talleres donde trabajan jóvenes honestas, etc.

Dentro de esta clasificación caben infinidad de variedades en las que existen características que pueden incluirse en uno o más grupos. Por otra parte, el exhibicionista, sea del tipo que fuere, experimenta una tendencia constante a variar de procedimientos, a no ser el impulsivo, o sea el del último grupo, el cual puede ser incluido en la categoría incurable, ya que esa perversión no es más que una forma de la *locura lúcida*, como dijo Trélat, con lo que quiso decir que son individuos que viven, actúan y alternan en sociedad sin dar pruebas de la menor anomalía, hasta el instante en que se presenta la impulsión irreprimible.

En la investigación de los casos de exhibicionismo no siempre es fácil determinar qué clase de perversión es la del sujeto, ni si es grave o es leve, juzgando por los datos más recientes. Un exhibicionista del grupo a), por ejemplo, o sea la clase que más abunda, puede cometer actos que darían lugar a clasificarle en el grupo d), o, por mejor decir, en cualquiera de los otros.

Con respecto al exhibicionismo en la mujer es bien poco lo que puede decirse. Ya sabemos que todas estas perversiones son menos frecuentes en el sexo femenino que en el masculino, lo que se explica por la gran diferencia existente entre ambos.

En las formas leves, la coquetería es una de las variedades del exhibicionismo, aunque esta conducta no puede calificarse de perversión, ya que, como el mostrar las piernas, el escote, los brazos, etc., son recursos de conquista naturalísimos en la mujer.

En las edades juveniles, antes de la pubertad y al principio de adquirir las primeras nociones más o menos instintivas de la conciencia sexual, es frecuente observar que las niñas exhiben sus genitales a los chicuelos de sus edad, pero no por el placer que esto pudiera proporcionarles, sino con el fin de vencer la resistencia de los muchachos a mostrar sus partes secretas, que es lo que se pretende conseguir. Verdaderamente no puede decirse que se trate de un caso de mixoscopia, puesto que casi siempre es la curiosidad lo que determina estos actos de la mujer.

Así, pues, no debe confundirse el juego de atracción que realiza una mujer mostrando, a veces, más de lo que los convencionalismos permiten, con la actitud del exhibicionista que ya va en demanda de un placer sexual.

Cuando se trata de mujeres homosexuales activas, esto es, de tipo viriloide, nada de particular tiene que se observe el exhibicionismo,

pero no físico, sino psíquico, es decir, haciendo alardes de fuerza, de inteligencia, de despreocupación, de masculinidad en una palabra. Por eso gustan de "exhibirse" vistiendo ropas masculinas, fumando tabaco fuerte y con todas las características masculinas posibles. No obstante, esto no las produce ningún placer, a no ser que se trate de casos anormales de ninfomanía, y que ya no es posible incluir en esta variedad de la perversión sexual más extraña e inexplicable.

INDICE

	Páginas
PROLOGO DEL TEMA	5
LA PERVERSION EN GENERAL	
Definición psicoanalítica. — Las impresiones sobre la imaginación infantil. — Acción de los traumatismos. Origen fundamental de las perversiones. — Lo que más se fija en la mente infantil. — Perversión y perversidad. — Los pervertidos y los perversos. — Perversiones de fin y perversiones de objeto. — Definición apropiada de unas y otras. — La mentalidad de los pervertidos. — Pequeñas y grandes aberraciones. Explicación del significado	9
LA INVESTIGACION CLINICA Y ANTROPOLOGICA	
La reciente catalogación de las perversiones. — Degenerados y emotivos. — Las psicopatías. — Las neurosis. — El dilema trágico. — Herencia, voluntad y neurosis. — Los pervertidos son enfermos. — Las causas clínicas de las perversiones. — Importancia de la epilepsia. — Antigüedad de las perversiones. — La decadencia de la raza. — Papel de la cultura. — Normalidad de las perversiones. — Diferencias entre la erótica y la procreación. — Universalidad	19
DESARROLLO DE LAS PERVERSIONES	
Papel del amor en el desarrollo de las perversiones. Homicidios por amor. — Efectos idénticos en la falta de amor. — La prostitución y el origen de las perversiones. — Psicología del desarrollo. — La locura de los enamorados. — Manifestaciones. — Enamorados e indiferentes. — La responsabilidad de las mujeres. Los "institutos de masaje" y las masajistas. — El charlatanismo sexual y el delito organizado. — Perversiones por todas partes	35
LAS PEQUEÑAS PERVERSIONES	
Todos somos pequeños pervertidos. — La gran aberración de la castidad. — La coquetería femenina como perversión sexual normal. — Cómo se manifiesta.	

Táctica de la coqueta. — Los "achares". — La coqueta poliándrica. — Su actitud erótica. — Perversiones epistolares. — El sentimiento de lo "trágico". — Los hiper-románticos. — Perversiones conyugales de la mujer. — El placer de la humillación. — El de sentirse inferior	53
---	----

LOS "MIRONES", O MIXOSCOPIA

Definición del término "mixoscopia". — Las fotografías pornográficas y sus compradores. — La curiosidad y los "mirones". — Causas de la mixoscopia. — Sus bases normales. — Muerte por congestión. — Las escenas de las casas especiales. — Su clientela. — La Guimard y el príncipe de Conti. — Las "mironas". — Los frequentadores de los evacuatorios. — Reuniones de defecadores. — El amor por las estatuas. — Explicación de estos fenómenos	67
--	----

LOS EXHIBICIONISTAS

Definición del exhibicionismo. — Opiniones de diversos tratadistas. — Su base natural. — Actitud de estos pervertidos. — Reminiscencias del culto fálico. — La virilidad del niño. — La angustia de la castración, como base psicológica. — Negación de esta teoría. Analogía entre el mixóscopo y el exhibicionista. Las formas clínicas. — Los pervertidos más frecuentes. — Clínicos, neurópatas e impulsivos. — El exhibicionismo femenino	79
--	----

PAUTA DE LAMINAS

LAMINA I	
La perversión en el arte	33
LAMINA II	
El placer de humillar	34
LAMINA III	
La mixoscopia	48
LAMINA IV	
El exhibicionismo	49

En el próximo volumen

MASTURBACIÓN Y AUTOEROTISMO

El erotismo de los exhibicionistas.—Orígenes de la masturbación.—Sus efectos en el hombre y en la mujer.—Los sueños eróticos.—Tratamientos adecuados.—El autoerotismo en la religión.